

دانلود
کتاب

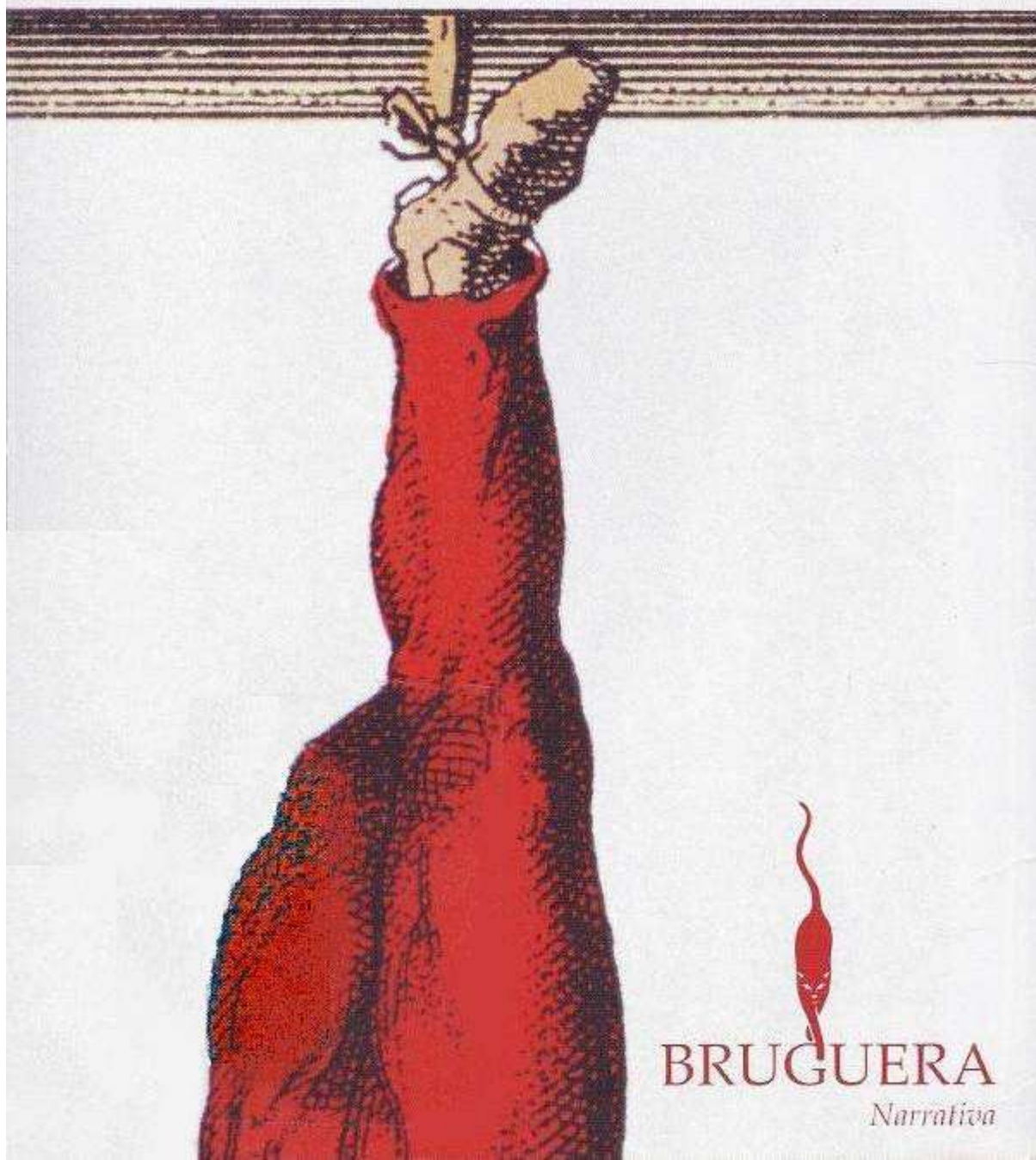


مغازه خودکشی

نویسنده : ژان تولی

Jean Teulé

La tienda de los suicidas



BRUGUERA
Narrativa

Jean Teulé

La tienda de los suicidas

Traducción de Teresa Clavel



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

Título original: *Le Magasin des suicides*

Traducción: Teresa Clavel

1.^a edición: junio 2008

© Éditions Julliard, París, 2007

© Ediciones B, S. A., 2008

para el sello Bruguera

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-02-42054-1

Depósito legal: B. 21.822-2008

Impreso por ROMANYÀ VALLS, S.A.

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

(Usando este buscador: <http://books.google.es/> encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.)

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN

Cualquier tipo de piratería surge de la escasez y el abuso de precios. Para acabar con ella... los lectores necesitamos más oferta en libros digitales, y sobre todo que los precios sean razonables.

1

Es una tienda pequeña donde jamás entra un rayo de luz rosa y alegre. La única ventana, a la izquierda de la puerta de entrada, queda tapada por cucuruchos de papel y cajas de cartón apiladas. De la falleba cuelga una pizarra.

Desde el techo, unos tubos de neón iluminan a una señora de edad avanzada que se acerca a un cochecito de niño con un bebé dentro.

— ¡Mire, sonrío!

Otra mujer más joven —la vendedora—, sentada junto a la ventana y frente a la caja registradora, donde está haciendo cuentas, replica indignada:

— ¿Cómo? ¿Mi hijo sonreír? No, no, no sonrío. Debe de ser un pliegue de la boca. ¿Por qué iba a sonreír?

A continuación reanuda sus cálculos mientras la clienta rodea el cochecito del niño con la capota levantada. Esta última se mueve torpemente con su bastón. Mirando con sus ojos mortales —oscuros y lastimeros— a través del velo de las cataratas, insiste:

— Pues parece que está sonriendo.

— ¡Me extrañaría! Nadie ha sonreído jamás en la familia Tuvache —protesta la madre del bebé, inclinándose por encima del mostrador para cerciorarse.

Después levanta la cabeza, alarga su cuello de pájaro y llama:

— ¡Mishima! ¡Ven!

Una trampilla se abre en el suelo, como si fuera una boca, y aparece, a modo de lengua, una cabeza despoblada:

— ¿Qué pasa?

Mishima Tuvache sale del sótano con un saco de cemento entre los brazos y lo deja en el suelo mientras su mujer le cuenta lo sucedido:

— Esta clienta afirma que Alan está sonriendo.

— ¿Qué dices, Lucrèce?

Sacudiéndose un poco de polvo de cemento de las mangas, se acerca al niño y lo contempla largamente con aire dubitativo antes de diagnosticar:

— Seguramente tiene un cólico. Eso hace que les aparezcan pliegues en los labios así —explica, moviendo las manos ante su cara en sentido horizontal, una por encima de la otra—. A veces pueden confundirse con sonrisas, pero no lo son. Son muecas.

Acto seguido introduce los dedos bajo la capota del cochecito y pone a la anciana por testigo:

—Mire. Si le empujo las comisuras de los labios hacia la barbilla, no sonrío. Pone la misma cara que su hermano y su hermana desde que nacieron.

—Suéltelas —pide la clienta.

El comerciante obedece.

—¡Ah! ¿Ve como sí sonrío?

Mishima Tuvache se incorpora, saca el pecho y pregunta, irritado:

—¿Y usted qué deseaba?

—Una cuerda para ahorcarme.

—¿La casa donde vive tiene los techos altos? ¿No lo sabe? Tome, llévese ésta: dos metros deberían ser suficientes —continúa, cogiendo de una estantería una cuerda de cáñamo—. El nudo corredizo ya está hecho. Lo único que tiene que hacer es meter la cabeza dentro...

Mientras paga, la señora se vuelve hacia el cochecito:

—Es reconfortante ver a un niño sonreír.

—Sí, sí, muy bien —masculla Mishima—. Vamos, vuelva a casa. Ahora tiene cosas mejores que hacer allí.

La señora anciana y desesperada se va con la cuerda enrollada alrededor de un hombro, bajo un cielo tristón. El comerciante se vuelve hacia el interior de la tienda:

—¡Buen viaje! ¡Son ganas de jorobar! El niño no sonrío.

La madre se ha quedado junto al cochecito, cuya cuna se mueve sola. El chirrido de los muelles se mezcla con unos balbuceos y unas risas que salen del interior del cochecito. De pie a ambos lados, los padres se miran hechos polvo:

—¡Mierda...!

2

—¡Alan...! ¿Cuántas veces voy a tener que repetírtelo? No se les dice «hasta luego» a los clientes que salen de la tienda. Se les dice «adiós» porque no van a venir nunca más. ¿Lo entenderás algún día?

Lucrèce Tuvache, muy enfadada, esconde tras la espalda una hoja de papel, que tiembla entre sus manos crispadas al ritmo de su cólera. Inclined sobre él, sermonea al más pequeño de sus hijos, le lee la cartilla. El niño, de pie frente a ella, con pantalones cortos, la mira con su cara alegre.

—Y otra cosa: cuando entra alguien, deja de canturrear «Bueeenos díias» —dice, imitándolo—. Hay que decir con aire lúgubre: «Malos días, señora», o «Le deseo una noche atroz, señor». ¡Y sobre todo no sonrías! ¿Quieres espantar a la clientela...? ¿A qué viene esa manía de recibir a la gente haciendo monerías con los ojos y moviendo los índices levantados al lado de las orejas? ¿Acaso crees que los clientes vienen aquí para contemplar tu sonrisa? Es insoportable. ¡Vamos a ponerte un aparato o a llevarte a que te operen!

La señora Tuvache, un metro sesenta y a las puertas de la cincuentena, está furiosa. El mechón que le cruza la frente da movimiento a su pelo castaño, bastante corto y metido por detrás de las orejas.

En cuanto a los rizos rubios de Alan, ondean como por efecto de un ventilador ante los gritos de su madre, que le enseña la hoja de papel que escondía tras la espalda:

—¿Y qué significa este dibujo que has traído del colegio?

Lo coloca ante sus ojos sujetándolo con una mano y lo describe dando golpes rabiosos con el índice de la otra:

—¡Un camino que lleva a una casa, con una puerta y unas ventanas abiertas ante un cielo azul en el que brilla un enorme sol...! ¿No hay nubes ni contaminación en tu paisaje? ¿Dónde están las aves migratorias que echan sobre nuestras cabezas sus excrementos con virus asiáticos? ¿Dónde están las radiaciones y las explosiones terroristas? Es totalmente irreal. ¡Ven a admirar lo que Vincent y Marilyn dibujaban a tu edad!

Lucrèce pasa por delante de un expositor con multitud de frascos brillantes y dorados. Después pasa ante su hijo mayor, un chico de quince años, delgado, que se muerde las uñas y se mordisquee los labios bajo un cráneo

completamente vendado. Junto a él, Marilyn, de doce años y un poco gordita, tirada sobre un taburete, mata su apatía —con un bostezo engulliría el mundo— mientras Mishima baja la persiana metálica y empieza a apagar algunos tubos de neón. La madre abre un cajón que está bajo la caja registradora, saca, de una libreta de pedidos, dos hojas de papel y las desdobra:

—Mira qué sombrío es este dibujo de Marilyn, y este de Vincent: ¡unos barrotes frente a una pared de ladrillos! Esto sí merece mi apoyo. Es obra de un chico que ha entendido algo de la vida... Este pobre anoréxico que padece tantas migrañas que cree que el cráneo le va a estallar si no lo lleva vendado... ¡Él es el artista de nuestra familia! ¡Nuestro Van Gogh!

La madre lo pone como ejemplo:

—Lleva el suicidio en la sangre. Es un auténtico Tuvache, mientras que tú, Alan...

Vincent, con el pulgar en la boca, se acurruca contra su progenitora:

—Me gustaría volver a tu vientre, mamá...

—Lo sé... —contesta ella acariciándole las vendas, antes de continuar comentando el dibujo del pequeño Alan—: ¿Quién es esta muñeca de piernas largas que has dibujado trajinando junto a la casa?

—Es Marilyn —responde el niño de seis años.

Al oír estas palabras, la hija de los Tuvache, de hombros encogidos y cabellos que le tapan casi por entero la cara y la nariz enrojecida, levanta lánguidamente la cabeza, mientras que su madre pregunta, asombrada:

—¿Por qué la has representado ocupada y guapa? Sabes muy bien que siempre dice que es inútil y fea.

—Yo la veo guapa.

Marilyn se tapa los oídos con las manos, se levanta del taburete como accionada por un resorte, corre hacia el fondo de la tienda gritando y sube la escalera que conduce a la vivienda.

—¡Y ahora hace llorar a su hermana! —exclama la madre mientras el padre apaga los últimos tubos de neón de la tienda.

3

—Tras haber llorado la muerte de Antonio, la reina de Egipto se coronó de flores y mandó que le prepararan el baño...

Sentada en la cama de Marilyn, la madre le cuenta a su hija la historia del suicidio de Cleopatra para que se duerma:

—Una vez bañada, la reina se sentó a la mesa y tomó una magnífica comida. Entonces llegó un hombre del campo con un cesto para Cleopatra. Al preguntarle los guardias lo que contenía, lo abrió, apartó las hojas y les mostró que estaba lleno de higos. Como los guardias se quedaron admirados de lo bonitos y grandes que eran, el hombre sonrió y los invitó a coger algunos. Habiéndose ganado así su confianza, lo dejaron entrar con lo que llevaba.

Marilyn, tumbada boca arriba y con los ojos rojos, mira el techo escuchando la bonita voz de su madre.

—Una vez que hubo terminado de comer —continúa Lucrèce—, Cleopatra cogió una tablilla que había escrito, sellada, y ordenó que se la hicieran llegar a Octavio. Luego, tras haber hecho salir a todo el mundo salvo a una sirvienta, cerró la puerta.

Marilyn baja los párpados y respira con más calma. —Cuando Octavio rompió el sello de la tablilla y leyó los ruegos y las súplicas de Cleopatra pidiéndole que la enterrara con Antonio, enseguida comprendió lo que había hecho. Primero pensó ir él mismo en su ayuda, pero finalmente envió a toda prisa a unos hombres para que averiguaran lo que había sucedido... El drama se había desarrollado con una gran rapidez, pues, cuando los enviados llegaron corriendo, los guardias aún no se habían percatado de nada y, al abrir la puerta, encontraron a Cleopatra muerta, tendida sobre un lecho de oro y vestida con sus ropajes reales. Su sirvienta, llamada Iras, estaba poniendo la diadema alrededor de la cabeza de la reina. Uno de los hombres le dijo, encolerizado: «¡Muy bonito, Iras!» «Sí, muy bonito —dijo ella—, y digno de la descendiente de tantos reyes.» El áspid traído con los higos había sido escondido bajo los frutos, pues Cleopatra así lo había ordenado a fin de que el animal la atacara sin que ella se diera cuenta. Sin embargo, al coger un higo, lo había visto y había dicho: «Ah, está aquí.» Luego se había descubierto un brazo y lo había ofrecido al reptil para que lo mordiera.

Marilyn abre los ojos, como hipnotizada. Su madre le acaricia los cabellos mientras termina el relato:

— Descubrieron en el brazo de Cleopatra dos mordeduras pequeñas y poco visibles. Octavio, pese a su desesperación por la muerte de aquella mujer, admiró la grandeza de su alma y la hizo enterrar con una magnificencia real junto a Antonio.

— Si yo hubiera estado allí, con la serpiente habría hecho unos zapatos preciosos para que Marilyn pueda ir a bailar a la discoteca Kurt Cobain — dice Alan, asomando la cabeza por la puerta entreabierta del dormitorio de su hermana.

Lucrèce se vuelve de sopetón y frunce el entrecejo mirando a su hijo:

— ¡Tú, a la cama! Nadie te ha pedido nada.

A continuación se levanta y le promete a su hija:

— Mañana por la noche te contaré cómo se arrojó Safo al mar desde lo alto de un acantilado por los hermosos ojos de un joven pastor.

— Mamá — dice Marilyn, llorosa —, cuando sea mayor, ¿podré ir a bailar con chicos a las discotecas?

— Pues claro que no, no le hagas caso a tu hermano. No dice más que tonterías. ¿Te cabe a ti en la cabeza que algún hombre pueda desear bailar con una patosa como tú? Vamos, duérmete y ten pesadillas, será más sensato.

Lucrèce Tuvache, de bonito y grave semblante, se reúne con su marido en el dormitorio común justo en el momento en que abajo suena el timbre de urgencias.

— Ah, sí, es verdad, esta noche estamos de guardia — suspira Mishima —. Ya voy.

Baja la escalera a oscuras, refunfuñando:

— No se ve nada. ¡Aquí se parte uno la crisma...!

En lo alto de la escalera, la voz de Alan sugiere:

— Pero, papá, en vez de maldecir la oscuridad, pulsa el interruptor.

— ¡Vaya, ya salió el señor sabelotodo con sus consejos!

Con todo, el padre le hace caso a su hijo y, a la luz de la bombilla chisporroteante de la escalera, llega a la tienda y enciende una hilera de tubos de neón.

Cuando sube de nuevo, su mujer, apoyada en una almohada y con una revista entre las manos, le pregunta:

— ¿Quién era?

— No lo conozco. Un desesperado de paso con un revólver vacío. He encontrado lo que necesitaba para pegarse un tiro en la cabeza en las cajas de municiones que están delante de la ventana. ¿Qué lees?

— Las estadísticas del año pasado: un suicidio cada cuarenta minutos, ciento cincuenta mil intentos, doce mil muertos. Es una barbaridad...

— Sí, es una barbaridad la cantidad de gente que falla. Menos mal que estamos nosotros... Apaga tu luz, cielo.

— Apaga la tuya, cariño.

Al otro lado de un tabique suena la voz de Alan:

–Que tengas buenos sueños, mamá. Que tengas buenos sueños, papá.

Los padres suspiran.

4

—La Tienda de los Suicidas, dígame... La señora Tuvache, con un vestido camisero rojo sangre, le pide a su interlocutor que espere: «Un momento, señor, no cuelgue», mientras le da el cambio a una clienta con las facciones descompuestas por la angustia. Esta última se va, llevando en la mano una bolsa de plástico en la que se puede leer, por un lado, «La Tienda de los Suicidas», y por el otro, «¿Su vida ha sido un fracaso? ¡Con nosotros, su muerte será un éxito!». Lucrèce se despide de la clienta: «Adiós, señora», y coge de nuevo el auricular:

—Oiga... ¡Ah, es usted, señor Chang! Pues claro que me acuerdo de usted: la cuerda, esta mañana... ¿Quería...? ¿Quería el qué? No le oigo... —El cliente debe de llamar desde un móvil—. ¿Invitarnos a su entierro? Es muy amable. Pero ¿cuándo va a hacerlo? Ah, ¿ya tiene la cuerda alrededor del cuello? Entonces..., hoy es martes, mañana miércoles..., la ceremonia se celebrará el jueves. No cuelgue, voy a preguntarle a mi marido.

Se vuelve hacia el fondo de la tienda, donde está la sección de productos frescos.

—¡Mishima! Tengo al señor Chang al teléfono. Ya sabes, el conserje de la ciudad de las Religiones Olvidadas... Sí, hombre, el de la torre Mahoma. Quiere invitarnos a su entierro, el jueves. ¿No es el día que tiene que venir el nuevo representante de los establecimientos La Muerte me la Suda? Ah, ¿es el jueves siguiente? Entonces, perfecto.

Vuelve a hablar delante del auricular:

—Oiga... ¿Señor Chang...? Oiga... —Lucrèce cuelga—. La cuerda es un instrumento básico pero eficaz. Habrá que pensar en recomendar el cáñamo. Con las fiestas que se acercan... Marilyn, ven un momento.

Marilyn Tuvache ha cumplido diecisiete años. Indolente y deforme, con unas pesadas tetas colgantes, se avergüenza de su cuerpo, que le estorba. Lleva una camiseta ceñida, ilustrada con un rectángulo blanco bordeado en negro en cuyo interior se lee: «VIVIR MATA».

Plumero en mano, desplaza sin convicción el polvo de una estantería donde están expuestas las cuchillas de afeitar para cortarse las venas. Algunas están oxidadas: «Aunque no haga un corte lo bastante profundo, contraerá el

tétanos.» La madre le pide a su hija:

—Ve a comprar a la floristería Tristán e Isolda una corona de muerto. Pequeña, ¿eh? Di que en la cinta pongan: «Para nuestro cliente, el señor Chang, de La Tienda de los Suicidas.» Seguramente habrá invitado también a muchos vecinos de la torre Mahoma, que pensarán: «Nuestro vecino no ha fallado.» Eso nos dará publicidad. ¡Vamos...! No paras de decir: «¿Qué podría hacer, mamá?», pues ya tienes algo que hacer. Después se la llevas al nuevo guarda del cementerio.

—¡Siempre me toca a mí el trabajo de criada porque aquí no sirvo para nada! ¿Por qué no van los chicos?

—Vincent está inventando en su habitación, y Alan, fuera, embriagándose de sol otoñal. Juega con el viento y habla con las nubes. A los once años... Yo creo que es un caso perdido. ¡Vamos, espabila!

Marilyn Tuvache echa un ojo al hombre con el que habla su padre, al fondo de la tienda.

—¿Por qué los clientes guapos no me miran? Me gustaría mucho interesarles...

—¡Pero mira que eres tonta! ¿Te crees que vienen aquí a pasar el rato? ¡Hala, en marcha!

—¿Por qué nosotros no podemos matarnos, mamá?

—Te lo he dicho cien veces: porque es imposible. ¿Quién llevaría la tienda? ¡Los Tuvache tenemos una misión que cumplir! En fin, cuando digo «tenemos», no incluyo a Alan, por supuesto. Venga, vete ya.

—Bueno... Vale...

—Pobrecita...

La madre sale de detrás del mostrador y mira, conmovida, salir de la tienda a su amorfa hija.

—A su edad, yo era igual: lánguida y gruñona. Me sentía tonta, hasta el día que conocí a Mishima.

Pasa un dedo por un estante y recoge un poco de polvo.

—Y cuando limpiaba, si los rincones no querían quedar excluidos, tenían que acercarse...

Coge el plumero y reanuda el trabajo de su hija, desplazando cuidadosamente las cuchillas de afeitar.

Al pie de la escalera que conduce a la vivienda, al lado de la sección de productos frescos, Mishima, con un jersey sin mangas, le hace una descripción a un hombre atlético, más alto que él:

—Si me pide algo original y viril, la respuesta está clara: el *seppuku*, vulgarmente conocido como haraquiri, término de argot. Evidentemente, no se lo aconsejo a todo el mundo, porque es para deportistas. Pero usted, con su complexión, debe de ser deportista, ¿no? ¿Cuál es su...? Perdone, estando aquí, debería decir: ¿Cuál era su profesión?

—Profesor de gimnasia en el instituto Montherlant.

—¡Lo sabía!

—No soporto a mis compañeros, ni a los alumnos...

—Sí, tratar con los niños a veces es difícil —reconoce Mishima—. Nosotros, sin ir más lejos, con el último...

—Yo había pensado utilizar gasolina o napalm...

—Ah, una hermosa inmolación en el patio de un colegio tampoco está nada mal —dice el comerciante—. Tenemos todo lo necesario, pero, francamente, el *seppuku*... En fin, no quiero incitar al gasto, la decisión es suya.

El profesor de educación física sopesa las dos opciones:

—Inmolación, haraquiri...

—*Seppuku* —rectifica el señor Tuvache.

—¿Eso requiere mucho material?

—Un kimono de samurái de su talla, debe de quedarme uno de la XXL..., y por supuesto el *tanto*. Le dan mucha importancia, pero en realidad, mire, es un sable más bien corto —minimiza el señor Tuvache descolgando de la pared un arma blanca (bastante larga pese a lo que él dice) y depositándola entre las manos del cliente—. Los afilo yo mismo. Toque el filo de esta hoja. Esto le atraviesa como si fuera un bloque de mantequilla.

El profesor de gimnasia contempla los destellos de la hoja haciendo una mueca, mientras Mishima saca de una caja una chaqueta de kimono y la extiende ante él.

—Mi hijo mayor ha tenido la idea de coser encima una cruz de seda roja para indicar dónde hay que clavar el sable, porque unas veces la gente apunta demasiado arriba, a la altura del esternón, y entonces no entra, y otras demasiado abajo, a la altura del vientre, y ahí, aparte de que revientas el apéndice vermiforme, no sirve de nada.

—¿Es muy caro? —pregunta el enseñante.

—Todo, trescientos euros-yens.

—¡Caramba! ¿Se puede pagar...?

—¿A crédito? —pregunta el comerciante—. ¿Aquí? ¿Está de broma? Ya puestos, podríamos dar una tarjeta de fidelidad.

—Es que es toda una inversión.

—Sí, claro, es más caro que una garrafa de napalm, pero, después de todo, será su último gasto... Sin contar que el *seppuku* es la aristocracia del suicidio. Y no lo digo sólo porque mis padres me pusieran de nombre Mishima.

El cliente duda.

—Me da miedo no tener valor —confiesa el profesor deprimido sopesando el *tanto*—. ¿Ustedes no hacen servicio a domicilio?

—¡Desde luego que no! —responde el señor Tuvache, indignado—. ¡No somos asesinos! ¿Se da cuenta de lo que dice? Eso está prohibido. Nosotros proporcionamos lo necesario, pero cada uno se las arregla como puede. Es asunto suyo. Estamos simplemente para ofrecer un servicio vendiendo productos de calidad —prosigue el comerciante, conduciendo al cliente hacia la caja.

Y, mientras dobla cuidadosamente el kimono y lo mete con el sable en una bolsa, se justifica:

—Hay muchísimas personas que actúan como aficionados... ¿Sabe que, de

ciento cincuenta mil que lo intentan, ciento treinta y ocho mil fallan? Muchas de esas personas quedan paralíticas o desfiguradas de por vida, mientras que con nosotros... Nuestros suicidios están garantizados. Si alguien no muere, le devolvemos el dinero. Vamos, vamos, no lamentará esta compra, ¡un atleta como usted...! Usted respire hondo y... ¡adentro! Además, como suelo decir, sólo se muere una vez, así que mejor que sea un momento inolvidable.

Mishima guarda en la caja el dinero del profesor de educación física y, en el momento de darle el cambio, añade:

—Voy a revelarle un truco del oficio...

Mira a su alrededor para comprobar que nadie lo oye y explica:

—Cuando lo haga en el salón de su casa, póngase de rodillas en el suelo y así, aunque la hoja no penetre muy profundamente..., porque la verdad es que el pinchazo debe de ser considerable..., si está arrodillado, caerá de bruces y el sable se hundirá hasta la guarda. Y cuando lo encuentren, eso impresionará a sus amigos. ¿No tiene amigos...? Bueno, pues impresionará al médico forense. «Éste no se ha andado con chiquitas», dirá.

—Gracias —dice el cliente, hundido también por el acto que tiene que realizar.

—De nada, es nuestro trabajo. A su disposición.

5

—¡Lucrèce! ¿Puedes venir?

La señora Tuvache aparece por una puerta situada bajo la escalera, al fondo de la tienda. Una máscara antigás cubre su cara desde el cuello hasta la coronilla. Los cristales circulares a la altura de los ojos y el voluminoso cartucho filtrante delante de la boca le dan un aspecto de mosca enfurecida.

Vestida con una bata blanca, se quita los guantes elásticos de cirujano mientras se acerca a su marido, que la ha llamado y ahora le explica ante una cliente:

—La señora querría algo femenino.

—¡Guon-guon-guon, guon-guon-guon...! —zumba la cara de mosca de la señora Tuvache, quien, al percatarse de que lleva puesto el artilugio de protección, se desabrocha las correas y, ya con la máscara antigás en las manos, prosigue—: Algo femenino, ¿eh? El veneno. Es lo más femenino de todo. Precisamente estaba preparando uno en la antecocina...

Se desabotona la bata y deja los pertrechos sobre el mostrador, junto a la caja.

—Un veneno... A ver..., ¿qué podría ofrecerle? ¿Prefiere un veneno de contacto..., lo toca y al instante está muerta..., para inhalar o para ingerir?

—Hummm... —dice la señora, que no se esperaba una pregunta como ésa—. ¿Cuál es mejor?

—El de contacto. ¡Es rápido! —explica Lucrèce—. Tenemos ácido de anguila azul, veneno de rana dorada, estrella de la noche, azote de los elfos, gelatina mortal, horror gris, aceite desvanecedor, veneno de pez gato... Todo no está aquí. Algunos productos están en la sección de productos frescos —dice ante un expositor con multitud de frascos.

—Y los que son para inhalar, ¿cómo se presentan?

—Es muy sencillo: desenrosca el tapón y aspira el contenido del frasco. Puede ser aliento de ahorcado, nube amarilla, toxina de ojo asesino, soplo del desierto...

—Uf, no sé qué elegir. Le estoy dando la lata... —se disculpa la señora.

—En absoluto —contesta la comerciante, comprensiva—. Es normal tener dudas. Si no le convence nada de esto, para ingerir tenemos miel del vértigo,

que hace que la piel se ponga roja porque se transpira sangre.

La clienta hace una mueca.

—Dígame, ¿cuál es la razón? —le pregunta Lucrèce.

—No tengo consuelo desde el fallecimiento de un allegado en el que pienso sin parar. Así que venir a comprar a su establecimiento es la única solución que se me ocurre para olvidarlo.

—Ah, en tal caso le aconsejo la estricnina. Es extracto de nuez vómica. Nada más tomarla, hace perder la memoria... Así ya no sufrirá ni echará de menos a nadie... Después, la parálisis se extiende y la persona envenenada muere de asfixia sin recordar nada. Está hecho a medida para usted.

—Nuez vómica... —repite la afligida señora, frotándose con las manos los fatigados ojos.

—Pero, si prefiere desesperarse una vez más, puede preparar usted misma su veneno —propone Lucrèce—. A muchas mujeres les atrae la idea de recrearse en su pena mientras preparan su muerte. Por ejemplo, digitalina: machaca en un mortero unos pétalos de digital que tenemos en la sección de productos frescos. Ya sabe, son esos manojos de flores en forma de dedos caídos que parecen manos sin energía de personas abatidas. Cuando haya obtenido un polvo fino, sumérjalo en agua y lleve la mezcla a ebullición. Déjela enfriar..., eso le dará tiempo para sonarse y escribir una carta explicando su acto..., y después filtre la solución. Vuelva a ponerla al fuego hasta que se evapore el líquido. De este modo, obtendrá una sal cristalina blanca que es lo que debe ingerir. La ventaja es que no es caro: ¡dos cincuenta el manojito! También tenemos ramas de *Strychnos* para extraer curare, bayas de acebo negro para la teobromina...

La clienta, mareada por la interminable enumeración, ya no sabe qué pensar:

—¿Usted qué tomaría?

—¿Yo? No tengo ni idea —lamenta Lucrèce.

Y sus bonitos ojos se quedan mirando con gravedad al vacío, frente a ella. Parece que haya dejado de estar en la tienda.

—Nosotros también estamos deprimidos y tendríamos muchas razones para quitarnos de en medio, pero no podemos probar nuestros productos porque, si lo hiciéramos, el último en hacerlo bajaría la persiana metálica para siempre. ¿Y cómo se las arreglarían entonces los clientes?

Tras estas palabras, la señora Tuvache parece regresar a la tierra:

—Lo que sé es que el cianuro seca la lengua y produce una sensación desagradable. Así que, en el que preparo yo, añadido unas hojas de menta para refrescar la boca... Ésos son los pequeños pluses que ofrece nuestro establecimiento. Si no, también tenemos el cóctel del día. ¿Qué he preparado esta mañana?

Se vuelve hacia la pizarra colgada de la falleba de la ventana, en la que está escrito con tiza: VENDEDOR DE ARENA.

—¡Ah, sí, el Vendedor de Arena! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? No sé dónde tengo la cabeza últimamente. Para usted, que dudaba entre veneno de contacto, para inhalar o para ingerir, tenemos éste, que es una mezcla de los tres: belladona, gelatina mortal y soplo del desierto. Así, sea cual sea la opción

que elija en el último momento, ingerir el cóctel, tocarlo o aspirarlo, la suerte estará echada.

— Vale, me llevo éste — decide la clienta.

— No se arrepentirá. ¡Huy, qué tonta!, iba a decirle: «Ya me contará.» La culpa la tiene este niño, que me vuelve loca — masculla Lucrèce señalando con la barbilla a Alan, que está de pie, con los pies juntos y las manos sobre la cabeza de cara a la pared donde está la estantería de las cuerdas —. ¿Tiene usted hijos?

— Tenía uno... Vino un día a comprarles una bala del calibre veintidós largo.

— ¡Ah!

— Lo veía todo negro. Nunca supe hacerle feliz...

— Pues nosotros no podemos decir lo mismo del pequeño... — dice, desconsolada, la señora Tuvache —. Él ve la vida de color de rosa, ¿se da cuenta de lo que es eso? ¡Como si hubiera motivos! No podemos entenderlo. Le aseguro que lo hemos educado igual que a los otros dos, que son depresivos, como está mandado, mientras que él siempre ve el lado bueno de las cosas — suspira Lucrèce, levantando una mano trémula de indignación —. Le obligamos a mirar los informativos en la tele para intentar desmoralizarlo, pero, si un avión que transporta doscientos cincuenta pasajeros se estrella y hay doscientos cuarenta y siete muertos, él sólo se queda con el número de supervivientes. «Mamá — dice Lucrèce, imitándolo —, ¿has visto qué bonita es la vida? Tres personas que han caído del cielo no se han hecho nada.» Mi marido y yo no podemos más. Le aseguro que algunas veces nos tomaríamos de buena gana el Vendedor de Arena si no tuviéramos que ocuparnos de la tienda.

La clienta, intrigada, se dirige a Alan.

— ¿Está de cara a la pared?

El niño vuelve su cabeza de rizos rubios hacia ella. Una ancha tira de esparadrapo le tapa herméticamente la boca. Sobre la tela rosa, un rictus de maldad y una lengua estirada — dibujados con rotulador, con las comisuras inclinadas hacia abajo — le dan un aspecto de estar de muy mal humor.

Mientras envuelve el frasco de Vendedor de Arena, su madre le explica a la señora:

— Ha sido su hermano mayor, Vincent, el que ha dibujado la mueca. Yo no estaba muy de acuerdo en que lo representara sacando la lengua, pero siempre es mejor que oírlo proclamar continuamente que la vida es maravillosa...

La clienta escruta la tira de tela. Por la forma del pliegue del esparadrapo adherido a los labios, se ve claramente que, bajo la mueca dibujada, el niño sonríe. Lucrèce le tiende a la señora el paquete metido en una bolsa:

— Está castigado. Cuando le han preguntado en el colegio qué eran los suicidas, ha respondido: «Los habitantes de Suiza.»

6

El cuerpo sentado y descarnado de Vincent flota dentro de una chilaba gris con dibujos explosivos: cartuchos de dinamita y bombas esféricas negras con mechas que despiden chispas amarillas y verdes. Tiene veinte años. Nada decora las paredes de su habitación. Acodado en una mesa atestada de cosas y pegada a un tabique, frente a una cama estrecha, sostiene un tubo de pegamento que tiembla en su mano. El hijo mayor de los Tuvache lleva una barba pelirroja, corta y erizada, y unas cejas muy pobladas coronan sus pronunciados arcos ciliares. Su respiración es vibrante y dificultosa, y su mirada fija y oblicua delata el trágico reflejo de su tumulto interior. Unas vendas le comprimen totalmente el cráneo, presa de violentas cefaleas. Unas costras marrones hinchaban su grueso labio inferior de tanto mordérselo hasta hacerlo sangrar, mientras que su labio superior es muy rojo y delicado. Se eleva en el centro formando dos puntas, como la lona escarlata de una pequeña carpa de circo. Delante de él, sobre la mesa, una extraña maqueta lúgubre a medio hacer; a su espalda, al otro lado de la pared, se oye:

— ¡Tra-la-la, tra-la-la-la-la...!

De un puñetazo, Vincent destroza la maqueta.

— ¡¡¡Mamá!!!

— ¿Qué pasa ahora? — pregunta la madre desde la cocina.

— ¡Alan pone canciones alegres!

— ¡Hay que ver este niño...! ¡Ojalá hubiera parido un nido de víboras en vez de alimentar este escarnio! — refunfuña Lucrèce mientras avanza por el pasillo y abre la puerta de la habitación de su hijo pequeño—. ¿Vas a parar o qué? ¿Cuántas veces te hemos repetido que no queremos que sigas escuchando esas bobadas bulliciosas? ¿Acaso las marchas fúnebres han sido compuestas para los perros? Sabes de sobra el disgusto que le causas a tu hermano escuchando esas cosas tan animadas y el dolor de cabeza que le producen — prosigue, cambiando de habitación para entrar en la de Vincent, donde constata los daños ocasionados en la maqueta aplastada mientras continúa dirigiéndose a Alan—. ¡Ah, fantástico, esto es de diez! Mira la catástrofe que ha provocado tu música. ¡Puedes sentirte orgulloso de ti mismo!

— ¿Qué pasa? — pregunta el padre, acercándose.

Marilyn también aparece arrastrando los pies. Ahora están los tres (Lucrece, Marilyn y Mishima) alrededor de Vincent.

—¡Pasa —vocifera la madre—, tu hijo pequeño ha vuelto a hacer de las suyas!

—No es mi hijo —replica el padre—. Mi hijo es Vincent. Él sí que es un verdadero Tuvache.

—¿Y yo? —pregunta Marilyn—. ¿Cuál es mi lugar?

Mishima acaricia el cráneo vendado de su hijo mayor:

—¿Qué ha pasado? Cuéntame... ¿Has roto la maqueta?

—¿Una maqueta de qué? —pregunta Marilyn.

—La maqueta de un parque de atracciones sobre el tema del suicidio —contesta Vincent, sollozando.

—¿De qué?

7

—Sería... Sería como una feria para la gente que quiere acabar con su vida. En la caseta de tiro al blanco, los clientes pagarían para ser la diana.

Mishima se sienta en la cama escuchando atentamente a Vincent:

—Mi hijo es un genio.

—Sería un parque de atracciones fatal. Correrían lentamente lágrimas por las mejillas de la clientela, entre el olor de aceite refrito de las patatas y el de las setas venenosas que venderíamos. ¡*Amanitas phalloides!* —grita Vincent.

Lucrèce y Marilyn, metidas también en ambiente, ya huelen las patatas fritas.

—Unos organillos reproducirían canciones tristes. Unos tiouvivos propulsarían a la gente por encima de la ciudad como si fueran catapultas. Habría una empalizada altísima y también un precipicio desde donde se tirarían los enamorados cogidos de la mano.

Marilyn cruza las suyas y las frota una contra otra.

—Risas convulsas penetrarían, entre el estruendo de las ruedas de un tren fantasma, en el interior de un falso castillo gótico lleno de trampas chuscas y todas ellas mortales: electrocución, ahogamiento, afilados rastrillos que bajarían de golpe. Los amigos o parientes que hubieran ido a acompañar a un ser abatido se marcharían con las cenizas del desesperado metidas en una cajita, pues junto al tiouvivo habría un crematorio donde caerían los cuerpos uno tras otro.

—¡Es fantástico! —dice el padre.

—Papá alimentaría la caldera. Mamá vendería las entradas...

—¿Y yo? ¿Qué haría yo? —pregunta Marilyn—. ¿Cuál sería mi puesto?

Vincent Tuvache vuelve la cabeza tres cuartos hacia su hermana. ¡El poder sobrecogedor de su mirada y el resplandor descompuesto de sus rasgos atormentados bajo el vendaje del cráneo! En la oscuridad exterior, a través de los cristales del ventanuco de su sombría habitación, un anuncio de neón lo deslumbra de pronto con una luz amarilla, intensa y descontrolada. Las sombras de su rostro se vuelven entonces de un verde muy claro y su corta barba, ahora rosa, parece pintada a pinceladas dispuestas en forma de estrella. Sobreexpuesto en la claridad artificial, se halla asimismo aureolado por las

vibraciones de una increíble pasión autodestructora. Los otros tres, alrededor de él, sienten con emoción ese grito desgarrador. La luz cambia y pasa a ser roja. Vincent, que baja la cabeza, parece bajo los efectos de la onda de choque de una bomba.

—Sería como cuando sueño y me despierto, y me duermo de nuevo y vuelvo a soñar la misma fantasía, con el mismo decorado...

—¿Hace mucho que tienes ese proyecto en mente? —pregunta su madre.

—Empleadas disfrazadas de brujas malas ofrecerían manzanas envenenadas: «Tenga, señorita. Coma esta manzana envenenada...» Luego irían a ver a otro.

—Yo podría hacer eso —sugiere Marilyn—. Soy fea.

El hijo mayor expone todos sus proyectos: las cabinas de la Gran Noria, cuyo suelo se abriría a veintiocho metros de altura, y la Montaña Rusa incompleta, cuyos raíles ascendentes, tras un descenso vertiginoso, quedarían bruscamente cortados. Exhibe la maqueta que ha destrozado hace un momento de un puñetazo mientras su hermanito sale de su cuarto y pasa por delante de la puerta abierta del de Vincent tarareando y haciendo chasquear los dedos al ritmo de la canción:

—*Don't worry, be happy...!*

Su madre, horrorizada, se vuelve echando chispas y levanta los puños cerrados hacia él. Los dedos castañeteantes de Alan son para ella y su marido como un abismo.

—En realidad, señor representante, nosotros no queríamos otro hijo. El tercero nació porque probamos un preservativo agujereado..., ya sabe, de esos que vendemos a los que quieren morir por contagio sexual.

Lucrèce sacude la cabeza con gesto de contrariedad por ese revés del destino.

—Reconocerá que, para una vez que probamos uno de nuestros productos, no se puede decir que tuviéramos precisamente un golpe de suerte.

—Ah, los preservativos de La Muerte me la Suda tienen garantía de porosidad. Debería haber confiado en nosotros —replica el representante.

—Así y todo... —suspira la madre de Alan, el cual aparece en ese momento en la tienda.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! ¡Hola, señor! —dice, yendo por iniciativa propia a besar educadamente al representante en ambas mejillas—. ¿Habéis visto? Está lloviendo. Es estupendo. Hace falta agua, ¿eh?

—¿Qué tal te ha ido en el colegio? —le pregunta su madre.

—Muy bien. En clase de música, he cantado y he hecho reír a todos mis compañeros.

—¿Qué le decía? ¡Fíjese! —exclama la señora Tuvache, poniendo a su interlocutor por testigo.

—Es verdad que no parece un niño fácil... —reconoce el representante, secándose las mejillas—. Espero que los otros dos no sean así.

—No, ellos habrían pasado suspirando y empujándole sin disculparse. El mayor, aunque no tiene apetito, sólo nos da satisfacciones, casi siempre encerrado en su habitación; pero la pobre Marilyn, que pronto cumplirá dieciocho años, se siente torpe e inútil aquí. Siempre tiene calor y no para de sudar. Está buscando su lugar.

—Hummm..., hummm... —masculla el nuevo representante de La Muerte me la Suda abriendo su maletín, del que saca una libreta de pedidos.

Y observa el establecimiento, que visita por primera vez, para hacerse una idea de conjunto.

—Es una tienda estupenda la que tiene usted aquí. Y aislada, es sorprendente, rodeada de rascacielos. ¡Sí, realmente es la tienda más bonita del

bulevar Bérégovoy! Y la fachada es curiosa. ¿Por qué hay una torre estrecha encima del tejado, una especie de campanario o de minarete? ¿Qué era esto antes? ¿Una iglesia? ¿Una capilla?

—O una mezquita, o quizás un templo. Nadie lo sabe —responde Lucrèce—. Las habitaciones alineadas en el pasillo del primer piso debían de ser celdas de religiosos transformadas más tarde en dormitorios, comedor y cocina de vivienda. Y en el descansillo, a la izquierda, hay una puertecita por la que se accede a la escalera de caracol de la torre, de piedra gastada, pero no subimos nunca. Debajo de todo, en lo que debía de ser una sacristía, yo preparo mis venenos caseros.

El representante golpea con los nudillos una pared que suena a hueco.

—¿Lo ha hecho recubrir todo con pladur? —Luego observa los expositores y los comenta para sí mismo—: Doble expositor en el centro, un expositor sencillo contra cada una de las dos paredes laterales... Baldosas de Delft de estilo antiguo, bonita iluminación de depósito de cadáveres en el techo, aspecto limpio... ¡y un gran surtido...! Los nudos corredizos están aquí...

—Precisamente queremos encargarle más cáñamo —dice Mishima, que hasta ese momento había permanecido en silencio—. Por la noche, me gusta trenzar yo mismo las cuerdas mientras veo series dramáticas en la tele. Además, la gente aprecia el trabajo artesanal. Un año trajimos unas industriales y muchas personas se cayeron del taburete.

—¿Cuánto le pongo? ¿Una bala? —pregunta el representante.

—Y también cianuro —dice Lucrèce ante el expositor de la pared de la izquierda, donde están alineados los frascos—, casi no me queda. Y tierra de arsénico: un saco de cincuenta kilos.

—Apunte un quimono de la talla XXL —añade Mishima.

El representante se desplaza por la tienda tomando nota de los encargos de uno y otro hasta llegar a la sección de productos frescos, que le sorprende:

—Veo esto muy vacío: unos pétalos de digital, bayas de acebo negro, setas de la especie *Cortinarius splendens*, *Galerina marginata*..., pero pocos animales en cajas agujereadas para que respiren...

—Es verdad, siempre hemos tenido un problema con los animales —reconoce Mishima—, ya sean ranas doradas, serpientes trigonocéfalas o arañas viuda negra... Verá —le explica al representante—, el problema es que la gente está tan sola que se encariña con los animales venenosos que les vendemos. Y los bichos, es curioso, lo notan y no les muerden. Una vez..., ¿te acuerdas, Lucrèce...?, una clienta que nos había comprado una mágala asesina volvió a la tienda. Naturalmente, me quedé atónito. Me preguntó si vendía agujas. Yo creí que las quería para clavárselas en los ojos, pero no, en absoluto. Eran para tejer unos botines de perlé para su araña, a la que le había puesto el nombre de *Denise*. Se habían hecho amigas y la señora la llevaba suelta en el bolso. La sacó y la hizo correr por su mano. Yo le decía: «¡Guarde eso!» Y ella contestaba, riendo: «*Denise* me ha devuelto las ganas de vivir.»

—En otra ocasión —añade Lucrèce—, un hombre deprimido se llevó una cobra escupidora de veneno que a él no le escupió jamás y a la que acabó por llamar *Charles Trenet*. ¿No podría haberla llamado Adolf? Nosotros hemos

puesto nombres de suicidas a todos nuestros hijos: Vincent por Van Gogh, Marilyn por Monroe...

—¿Y Alan? —pregunta el representante.

—Si hubiera llamado a la serpiente Nino Ferrer —prosigue Lucrèce, siguiendo el hilo de su pensamiento—, aún lo habríamos entendido.

—Sí, hay que reconocer que los animales son decepcionantes —interviene Mishima—. Cuando las ranas doradas se escapan, se ponen a saltar por toda la tienda. Y es complicado atraparlas con una red, sobre todo porque si las tocas eres hombre muerto. No vamos a encargar más animales y no sé qué vamos a hacer con los que nos quedan.

Sentado en los peldaños de la escalera que conduce a la vivienda, el pequeño Alan tiene en una mano un palito de plástico acabado en un aro en cuyo centro sopla. Del aro salen pompas de jabón que suben y bajan, flotan, irisadas y brillantes, en la Tienda de los Suicidas. Se desplazan, despreocupadas, entre las estanterías. Mishima sigue su trayectoria moviendo el cuello.

Una gran pompa de agua jabonosa acaba estallando contra las pestañas del representante, que se seca el ojo y se dirige, haciendo una mueca, hacia el maletín que ha dejado sobre el mostrador.

—Tengo una idea para su retoño con problemas.

—¿Cuál? ¿Alan?

—No, no, él... Me refiero a la chica. La Muerte me la Suda acaba de sacar al mercado un producto nuevo que no supondría ningún peligro para ella.

—¿No supondría ningún peligro para ella? —repite Lucrèce.

9

—Uno de noviembre... ¡¡¡Feliz cumpleaños, Marilyn!!!

La madre sale de la cocina con una tarta de cumpleaños en forma de ataúd sobre una bandeja metálica. El padre, ante la mesa redonda del comedor, descorcha una botella de champán y le dice a su hija mientras le sirve una copa:

—¡Piensa que te queda un año menos de vida!

La espuma sube en la copa. Marilyn pone el dedo índice sobre el borde y la espuma se reabsorbe. La tarta destaca, lúgubre, en el centro de la mesa entre los restos de la cena familiar y ante el plato vacío, intacto, de Vincent, a quien Mishima se dispone a servir champán.

—No, gracias, papá. No tengo sed.

El padre deja caer unas gotas en el vaso de Alan:

—Venga, bebe tú también, alma feliz..., para celebrar la mayoría de edad de tu hermana, que ha salido definitivamente de la infancia y la adolescencia.

Las paredes verticales de la tarta, de chocolate con leche, imitan la madera barnizada de álamo que se utiliza para la cremación. La tapa de cacao negro decorado con molduras parece de caoba. Dos tercios en sentido longitudinal quedan abiertos para dejar a la vista una almohada de nata sobre la que descansa una cabeza de pasta de almendra rosa. Unas cáscaras de limón forman una cabellera rubia.

—¡Pero si soy yo! —exclama Marilyn, acercándose las manos a los labios—. ¡Mamá, es preciosa!

—Yo no he tenido mucho que ver —confiesa modestamente la madre—. Se le ocurrió a Vincent y me lo dibujó. No ha podido hacerla él, el pobre, por la repugnancia que le produce la comida, pero se ha encargado de las velas.

Éstas, de color beis y retorcidas como cuerdas, han sido ligeramente fundidas para darles la forma de dos números, el uno y el ocho, dieciocho, y se alzan encendidas una junto a otra. Marilyn retira el «uno» y lo pone al otro lado del «ocho»:

—Preferiría tener ochenta y un años...

Y sopla para apagarlas como si quisiera librarse de su existencia. Mishima aplaude.

—¡Y ahora, los regalos!

La madre, tras haber cerrado el frigorífico de la cocina, regresa con un objeto que parece un gran caramelo envuelto.

—Marilyn, perdona la presentación. Le pedimos a Alan que comprara papel de regalo blanco ribeteado de negro, como las esquelas mortuorias, y trajo uno de colores con payasos riendo. Ya conoces a tu hermano... Toma, hija. De tus padres.

Marilyn, emocionada por el agasajo que está recibiendo, desenrolla el papel por los dos extremos y saca el regalo.

—¿Una jeringuilla? Pero ¿qué lleva dentro? Parece agua.

—Un terrible veneno.

—¡Oh, mamá, papá! ¡Por fin me ofrecéis la muerte! ¿De verdad puedo destruirme?

—¡No, tú no! —replica Lucrèce, alzando los ojos al cielo—. Destruirás a todas las personas a las que beses.

—¿Cómo?

—La Muerte me la Suda nos ha ofrecido este líquido preparado por ellos. Te lo inyectas por vía intravenosa y tú no te pones enferma, no te pasa nada, pero tu saliva segrega un veneno que matará a todos los que te besen. Todos tus besos serán mortales...

—Y como buscabas tu sitio en la tienda —continúa Mishima—, tu madre y yo hemos decidido que podríamos confiarte la sección de productos frescos. Estarías allí y besarías a los clientes a los que aconsejáramos ese tipo de fallecimiento voluntario: el Beso de la Muerte, *the Death Kiss*!

Marilyn, apoltronada en la silla, se yergue temblando de emoción.

—Eso sí, tendrás que acordarte de no besarnos nunca a nosotros —precisa el padre.

—Pero, mamá, ¿cómo es posible ser venenoso sin envenenarse uno mismo.

—¿Cómo lo hacen los animales? —replica Lucrèce, dándoselas de experta—. Las serpientes y las arañas, por ejemplo, viven saludablemente con la muerte en la boca. Pues tú igual.

El padre ata un torniquete alrededor del brazo de su hija, por encima del codo. Ésta golpea suavemente el cuerpo de bomba de la jeringuilla, hace salir una gota por el orificio de la aguja y se pincha ella misma ante Alan, que la observa. Tiene lágrimas en los ojos.

—Es el champán... —dice a modo de disculpa.

—Bueno, chicos, ¿y dónde están vuestros regalos para vuestra hermana? —pregunta Mishima.

El delgadísimo Vincent con el cráneo vendado saca de debajo de la mesa un voluminoso paquete. Marilyn retira el papel de regalo decorado con payasos. Su hermano mayor le explica la utilidad de ese extravagante presente:

—Es un casco integral de carbono indestructible al que le he blindado la visera. En el interior he insertado dos cartuchos de dinamita de los que cuelgan sendos hilos. Así, si un día mamá y papá nos permiten autodestruirnos, te pones el casco, te abrochas la correa por debajo de la barbilla y a continuación tiras de los dos hilos. Tu cabeza estallará dentro del casco sin manchar las paredes.

—¡Qué delicadeza pensar en esos detalles! —aprueba Lucrèce, cuyo hijo mayor despierta también la admiración de Mishima—. Parece ser que mi abuelo era así: también tenía una gran inventiva. ¿Y tú, Alan? ¿Cuál es tu regalo?

El niño de once años extiende un gran cuadrado de seda blanca. Marilyn se apodera inmediatamente de él, lo retuerce y se lo pone, bien apretado, alrededor del cuello:

—¡Un cordel para ahorcarme!

—No, no... —dice Alan, sonriendo y mostrándole cómo ponérselo—. Tiene que quedar más suelto, vaporoso. Debe ser como una nube acariciadora alrededor de tu cuello, de tus hombros y de tu pecho.

—¿Cómo lo has comprado? —pregunta la madre, cortando una ración de la tarta en forma de ataúd y tendiéndosela a Vincent.

—No, gracias, mamá —dice este último.

—Lo he pagado con el dinero que me dais para mis gastos —responde Alan.

—Habrás necesitado el de todo el año.

—Sí.

Lucrèce se queda con la espátula en el aire, sobre el pastel.

—No sé qué interés puede tener —dice, cortando otra ración de tarta.

—Realmente es gastar el dinero inútilmente —confirma el padre.

Marilyn, contemplando a su familia al completo, hace revolotear suavemente el fular alrededor de su cuello.

—No os doy un beso, claro, pero como si os lo diera.

Por la noche, en su habitación, Marilyn se ha desnudado y juega con el gran cuadrado de seda blanca, de pie frente a los cristales de la ventana que da a la ciudad de las Religiones Olvidadas. De los balcones de las torres Moisés, Jesús, Zeus, Osiris..., cae gente, como una llovizna de otoño.

Pero la chica hace flotar a su alrededor el fular. En contacto con sus hombros, la seda provoca estremecimientos que le hacen arquear la espalda. Marilyn deja que la tela inmaculada se deslice por sus nalgas, la recoge por delante, entre las piernas, y la lanza hacia arriba. El cuadrado blanco se despliega como el gracioso movimiento de una estrella danzarina. Cae lentamente a modo de paracaídas sobre la cabeza echada hacia atrás de la hija de los comerciantes de la Tienda de los Suicidas. Con los ojos cerrados, la joven sopla y la seda vuelve a flotar. Marilyn coge una punta y la hace girar alrededor de su vientre, de sus caderas, igual que un brazo la cogería por la cintura. Aaah..., el ronroneo del fular subiendo de nuevo entre sus muslos y agarrándose al vello. Aaah... Marilyn, habitualmente encorvada y con los hombros echados hacia delante, se yergue. Aaah... Se arquea más cuando el regalo de Alan, siguiendo un impulso, se eleva por su torso y roza sus pechos, de los que se avergonzaba (equivocadamente). Sus pezones se yerguen, se endurecen. En el reflejo de los cristales de su habitación, sus pechos, grandes, tienen un aspecto magnífico, y sus dedos están cruzados detrás de la nuca. A Marilyn le sorprende descubrirse así mientras el fular vuelve a caer. Lo recoge a la altura de sus encantadoras pantorrillas, se inclina. Su culo es espléndido, redondo bajo una cintura apenas un poco ancha. Y la seda viaja de nuevo, revela a la chica acomplejada la armonía insospechada de su cuerpo. ¡Es la más guapa de todo el barrio! Ni una sola chica de la ciudad de las Religiones Olvidadas le llega a la suela del zapato. El regalo de su hermano pequeño es mejor que un sueño... Y el fular prosigue su danza hipnótica y sensual a ras de la piel vibrante. Los párpados se entornan con un aire de éxtasis inédito para Marilyn. Pero ¿qué más descubre? ¿Se convierte en Monroe? Entreabre los labios, entre los que se extiende un fino hilo de saliva... mortal.

11

«Abierto por defunción.» El pequeño cartel, sujeto mediante una ventosa a la puerta de entrada, de cara al exterior, se mueve, mientras que sobre él algo tintinea. Colgado como una campanilla más arriba del marco, un minúsculo esqueleto constituido de tubos de hierro desgrana las notas lúgubres de un réquiem. Lucrèce vuelve la cabeza y ve entrar a una jovencísima clienta.

— ¡Caray, no eres muy mayor! ¿Qué edad tienes? ¿Doce años? ¿Trece?

— Quince —miente la adolescente—. Quisiera unos caramelos envenenados, por favor, señora.

— ¡«Unos» caramelos! ¡Pues no pides tú nada! De nuestras golosinas fatales, sólo podrás tomar una. No es cuestión de que te dediques a repartirlas entre tus compañeras de clase. ¡No estamos aquí para diezmar el instituto Montherlant o el colegio Gérard de Nerval! —continúa Lucrèce, desenroscando la tapa de un tarro esférico de cristal lleno de golosinas—. Pasa lo mismo que con las municiones de revólver: sólo las vendemos por unidades. ¡El que se dispara una bala en la sien no necesita más! Si pide una caja entera, es que tiene otra idea en la cabeza. Y nosotros no estamos aquí para proveer de material a los asesinos. Venga, elige..., pero elige bien, ¿eh?, porque en este tarro sólo la mitad de los caramelos son mortales. La ley establece que se dé una oportunidad a los niños.

La chiquilla duda entre los chicles, los peta-zetas y las anacondas de gominola. Delante de la ventana, grandes cucuruchos de papel: sobres sorpresa de color azul para los chicos y rosa para las chicas. La adolescente no sabe qué escoger. Finalmente se decide por un peta-zeta.

— ¿Por qué quieres morir? —le pregunta el joven Alan, que, sentado junto a su madre, dibuja grandes soles en hojas de libreta.

— Porque no vale la pena vivir —responde la chica, más o menos de la misma edad que el menor de los Tuvache.

— ¡Exacto! ¡A mí se me cae la boca de decírselo! —interviene Lucrèce, llena de admiración por su joven clienta—. A ver si tomas ejemplo —añade la madre dirigiéndose a su hijo.

La colegiala se acerca a Alan para contarle sus penas:

— Estoy sola contra el mundo, soy una incomprendida, y mi madre es una verdadera nulidad. Me ha confiscado el teléfono móvil simplemente porque he

sobrepasado un poco las horas establecidas en el contrato. Y digo yo, ¿para qué sirve un teléfono si no puedes usarlo para llamar cuando quieras? Estoy harta. Si tuviera un contrato de cincuenta horas, no las habría sobrepasado... En realidad, está celosa porque no tiene a nadie a quien llamar, así que se venga con su hija: «¡Bla-bla-bla, bla-bla-bla...! ¿Por qué te pasas horas hablando por teléfono con Nadège? Ve a verla, vive enfrente.» O sea, que no tengo derecho a quedarme en mi habitación, ¿es eso? —se indigna la adolescente—. ¿Por qué tengo que salir? No quiero ver el sol, esa ridícula estrella. El sol no sirve para nada... —continúa, observando los dibujos de Alan—. Nadie podría vivir en él, hace demasiado calor.

Vuelve a la caja y paga su peta-zeta. —Mi madre no se da cuenta del tiempo que necesito para vestirme, peinarme y maquillarme antes de salir. ¡No voy a pasarme la vida delante del espejo, pudiendo telefonar!

Clin, clin —las notas lúgubres del réquiem—, y la chica sale de la tienda desenvolviendo la golosina (única respuesta posible a su drama). El menor de los Tuvache se levanta del taburete, corre tras ella y, en el umbral, le arrebató el caramelo y se lo mete en la boca. Lucrèce sale disparada de detrás del mostrador gritando:

—¡Alan!

Pero era una broma. El niño escupe al suelo la golosina, quizá mortal, mientras la señora Tuvache, lívida, lo estrecha entre sus brazos:

—¡Vas a matar de un susto a tu madre! Alan, con una mejilla apoyada en el pecho de su progenitora, sonríe:

—Oigo latir tu corazón, mamá.

—Bueno, ¿y yo qué? ¿Qué pasa con mi caramelo? La chiquilla desamparada encuentra la vida tan injusta que Lucrèce, alargando una mano por detrás de ella, la invita a escoger otra golosina del tarro.

La colegiala coge un peta-zeta y se lo mete en la boca en el acto.

—¿Qué? ¿Se te seca la boca? —le pregunta la vendedora de la Tienda de los Suicidas—. ¿Notas la quemazón del arsénico bajar por la garganta?

—No, sólo azúcar... —contesta la chica.

—Decididamente, hoy no es tu día —se ve obligada a reconocer Lucrèce—. Vuelve en otra ocasión.

—A no ser que cambies de opinión —añade Alan.

—Claro, a no ser que cambies de opinión —repite mecánicamente la madre, todavía bajo el efecto de la emoción—. Pero ¿qué estoy diciendo?

Lucrèce empuja a su hijo pequeño, que ríe, y lo acusa:

—¡La culpa es tuya! ¡Me haces decir tonterías!

12

—La gente nos pregunta a menudo por qué le pusimos a nuestro hijo pequeño el nombre de Alan. Fue por Alan Turing.

—¿Quién? —dice, sorprendida, una señora gorda con la cara descompuesta que aparece bajo una nube de lluvia.

—¿No conoce a Alan Turing? —pregunta Lucrèce—. Es un inglés que tuvo problemas con la justicia a causa de su homosexualidad y que está considerado el padre de los primeros ordenadores. En la Segunda Guerra Mundial, su contribución a la victoria final fue decisiva porque fue capaz de descifrar el sistema Enigma: la máquina de codificar electromagnética que permitía al estado mayor alemán transmitir a sus submarinos mensajes indescifrables para los servicios secretos aliados.

—Ah, no lo sabía...

—Es uno de los grandes olvidados de la Historia.

La clienta, indecisa, recorre la tienda con unos ojos que acusan el peso de la sombría nostalgia de las quimeras ausentes.

—Le cuento esto porque hace un momento la he visto levantar los ojos hacia el friso de pequeños cuadros, todos del mismo tamaño, que tenemos colgados en la pared, justo debajo del techo.

—¿Por qué representan todos una manzana?

—Precisamente por Turing. El inventor del ordenador se suicidó de un modo muy peculiar. El 7 de junio de 1954, sumergió una manzana en una solución de cianuro y luego la puso sobre una mesita. A continuación, pintó un cuadro representándola y después se la comió.

—¡No fastidie!

—Cuentan que por esa razón el logo de Apple es una manzana mordida. Es la manzana de Alan Turing.

—Bueno..., por lo menos no me moriré siendo una ignorante.

—Y nosotros —prosigue Lucrèce, que no pierde el sentido comercial—, cuando nació nuestro tercer hijo, confeccionamos este kit de suicidio.

—¿Qué es? —pregunta la clienta, interesada, acercándose.

La señora Tuvache le describe el artículo:

—Mire, dentro de este sobre de plástico transparente tiene un pequeño

lienzo montado en un bastidor, dos pinceles..., uno grueso y uno fino..., varios tubos de pintura al óleo y, por supuesto, una manzana. ¡Ojo, está envenenada...! Así, puede matarse a la manera de Alan Turing. Lo único que le pedimos, si no tiene ninguna objeción, es que nos legue el cuadro. Nos gusta colgarlos aquí. Para nosotros son recuerdos. Además, hacen un efecto muy bonito todas esas manzanas alineadas bajo el techo. Combinan bien con las baldosas de Delft del suelo. Ya tenemos setenta y dos. La gente puede mirar la exposición mientras espera en la caja.

Justo eso es lo que está haciendo la clienta gorda.

— Hay de todos los estilos...

— Sí, hay manzanas cubistas y otras casi abstractas. La azul, aquella de allí, la pintó un daltónico.

— Voy a llevarme ese kit de suicidio —suspira la señora gorda, con el corazón latándole al ritmo de una marcha fúnebre—. Completaré su colección.

— Es usted muy amable. No olvide firmar el cuadro y poner la fecha. Hoy estamos a...

— ¿Qué hora es? —pregunta la clienta.

— Las dos menos cuarto.

— Me voy. No sé si es de ver todos los frutos de su friso, pero me ha entrado hambre.

La señora Tuvache, abriéndole la puerta, le advierte:

— ¡No se coma la manzana antes de pintar el cuadro! Hay que pintar todo el fruto, no sólo el corazón. Además, no le daría tiempo.

Mishima, sentado en un taburete al fondo de la tienda, remueve en una cubeta una mezcla de cemento, arena y agua. Alan baja la escalera silbando una canción alegre. Su padre le pregunta:

— ¿Preparado para volver al colegio? ¿Has comido bien y te has acordado de ver las noticias en la tele?

— Sí, papá. La presentadora del telediario de la una lleva un corte de pelo nuevo. Va bien peinada.

La madre, levantando los ojos hacia el techo, interviene:

— ¿Eso es lo único que se te ha quedado? No me lo puedo creer. ¿No ha hablado de guerras regionales, de desastres ecológicos, de hambre...?

— Sí, hemos vuelto a ver las imágenes de los diques de los Países Bajos que ha destruido el último maremoto y la playa que ahora se extiende hasta Praga. Han sacado a unos habitantes de la provincia de Alemania flacos y desnudos, que gritaban y se revolcaban en las dunas. Los brillantes granos de arena, mezclados con el sudor de su piel, parecían estrellitas. Era irreal, pero todo eso se arreglará. Van a retirar la arena.

Lucrece está abatida:

— Éste, con su optimismo, haría florecer un desierto... Anda, vete al colegio. Estoy más que harta de verte siempre como unas pascuas.

— ¡Hasta luego, mamá!

— Sí, hasta luego, por desgracia...

Mishima, junto a la sección de productos frescos en proceso de remodelación, se sube una manga del jersey. Vierte sobre su antebrazo agua, echa luego arena y mueve el miembro superior bajo la luz de los neones frunciendo los ojos.

Su mujer lo mira.

— ¿Y tú qué haces, si puede saberse?

—Es un bloque de cemento provisto de una anilla. Se vende con una cadena que hay que atar al tobillo. Se pone usted al borde del río, lo arroja al agua y..., plaf, es arrastrado hasta el fondo y todo ha terminado.

—Es interesante —dice un cliente bigotudo asintiendo con la cabeza.

Mishima se pasa la palma de la mano por la frente y la mitad de su despoblada cabeza antes de continuar:

—Los hago yo mismo, aquí o en el sótano, con el nombre de la tienda en relieve en una de las caras. Pase la mano por encima. Se lee: «La Tienda de los Suicidas». Estos bloques sirven también para defenestrarse.

El cliente manifiesta su asombro. Frente a él, Mishima estira una comisura de los labios, lo que acentúa la redondez del pómulos, y levanta las cejas sobre unos ojos redondos como bolas.

—Sí, sí, los bloques hacen que peses más, porque antes, cuando en noches de tornado o de huracán, personas de cuerpo ligero se tiraban por la ventana, acababan aterrizando entre las ramas de un árbol, agarradas a una farola o tumbadas en el balcón de un vecino, y allí las encontraban al día siguiente en pijama, con el consiguiente ridículo. En cambio, con el bloque Tienda de los Suicidas atado a un tobillo, caes en picado.

—¡Ah!

—A veces, por la noche, aparto la cortina del dormitorio para verlos caer desde las torres de la ciudad. Con el bloque atado a un tobillo, parecen estrellas fugaces. Cuando son muchos, por ejemplo las noches en que el equipo local ha sufrido una derrota deportiva, es como si cayera arena de las torres. Es muy bonito.

Lucrèce, inquieta junto a la caja, frunce sus bonitos ojos de mirada grave, observa a su marido, lo escucha y se pregunta:

—¿Será Alan contagioso?

—¿Quiere morir? Bésame.

Marilyn Tuvache se pavonea como una reina en la sección de productos frescos. Sentada en un gran sillón tapizado en terciopelo escarlata con hojas de acanto doradas esculpidas en los brazos y el respaldo de madera, y luciendo un vestido ceñido y escotado, se inclina hacia un cliente intimidado por su nuevo esplendor, su juventud y su cabellera rubia. Ella tiende sus labios pintados hacia el desesperado:

—Aquí, en la boca, con la lengua...

El cliente se decide a acercarse. Marilyn despliega su gran cuadrado de seda blanca —el regalo de Alan—, con el que cubre la cabeza del hombre y la suya. Y bajo el fular de aspecto fantasmal que cae hasta más abajo de sus hombros, se adivina que están besándose. Las cabezas giran larga y lentamente bajo la seda hasta que Marilyn la suelta. Un fino hilo de saliva se extiende entre sus bocas. El cliente lo recoge con el dorso de una mano y la lame para no desperdiciar nada.

—Gracias, Marilyn.

—No se entretenga. Hay otros clientes esperando.

La nueva función de la hija de los Tuvache está resultando un éxito, ante la estupefacción de sus padres.

—Después de unos estudios que fueron un auténtico suicidio escolar, por fin ha encontrado su sitio... en la sección de productos frescos —suspira la madre.

—Desde el kit Alan Turing, es la mejor idea que hemos tenido —confirma el padre.

Y la caja registradora no para de funcionar. Hay una lista de espera. A los que llaman por teléfono para reservar un Death Kiss, Lucrèce les dice:

—De acuerdo, pero antes de una semana es imposible.

Hay tantos candidatos al Beso de la Muerte que es preciso comprobar que no haya clientes que repiten. Algunos protestan:

—¡Es que todavía no he muerto!

—Ah, es que el Death Kiss puede tardar en surtir efecto, pero antes o después lo hará, y además, tiene que haber para todo el mundo.

Algunos suicidas preguntan si, pagando más, sería posible pasar una noche entera con Marilyn. Lucrèce se ofende:

— ¡Sí, hombre! ¿Y qué más? ¡Ni que fuéramos proxenetas!

Mishima, indignado, los echa de la tienda:

— ¡Largo de aquí! No necesitamos clientes como usted.

— Pero yo quiero morir...

— Pues arrégleselas como pueda. ¡Vaya al estanco!

Y al fondo del establecimiento, Marilyn, besando a los hombres, florece como una planta exótica y carnívora. Alan pasa junto a ella silbando:

— ¿Ves como yo tenía razón cuando decía que eres guapa...? Todos los chicos de la ciudad de las Religiones Olvidadas están pendientes de ti. Míralos...

Los de la torre Osiris, que han conseguido una tarifa especial para grupo, están esperando. Avanzan en fila india centímetro a centímetro, entre expositores y estanterías llenos de símbolos que los observan con mirada familiar: una calavera para los productos tóxicos, una cruz negra sobre fondo naranja para los nocivos e irritantes, una probeta inclinada y goteante para indicar que algo es corrosivo; un círculo negro del que salen trazos en estrella indica los explosivos, una llama simboliza el producto inflamable y un árbol sin hojas junto a un pez muerto advierte de la peligrosidad para el entorno. Hay triángulos con un rayo o un signo de exclamación pintado, otra calavera y tres círculos unidos para los peligros biológicos. Todos los artículos que se venden allí están decorados con una de estas figuras, pero los clientes sólo quieren el beso de Marilyn. Las clientas, celosas, ponen mala cara.

— ¡Pero, señoras, ustedes también pueden inscribirse! —les dice Mishima, que es liberal—. Marilyn no tiene nada en contra.

Un amable joven entra en la tienda abarrotada asegurando que ha hecho una reserva para un Death Kiss. Lucrèce vuelve la mirada hacia él:

— Usted ya ha venido. Conozco su cara.

— No. No he venido nunca.

— Sí, yo conozco su cara.

— Soy el guarda del cementerio donde su hija depositaba antes las coronas de flores para los clientes que los invitan a su entierro.

— ¡Oh, perdone! —exclama Lucrèce, súbitamente confusa, cubriéndose la boca con una mano—. No le había situado. Y es raro, porque nosotros, aparte de ir al cementerio, no salimos mucho. A veces, durante el fin de semana, vamos al bosque a coger setas venenosas, pero si no... Son todos esos clientes que intentan venir varias veces los que me desorientan.

El delicado joven se pone en la cola. Residuo de humanidad maduro para la eternidad, está blanco como la cera. Su hermoso rostro consumido por las heridas del corazón observa bajo el escote los pechos de Marilyn, inclinada y con el vestido entreabierto mientras se retuerce para besar a los hombres. Contempla con temor a la joven de quien espera un beso. Cuando le llega su turno, dice:

— Inocúleme su veneno, Marilyn.

La hija de los Tuvache, que estaba secándose los labios, lo mira y contesta:

— No.

15

—¿Cómo que no? —dice atónita la madre, con los brazos en jarras, desde el fondo de la tienda.

—Sí, ¿por qué no? —repite el padre, que, abriéndose paso entre la multitud con un jersey de trenzas, había preguntado refiriéndose a Marilyn: «¿Se ha averiado?»

—No besaré a este chico —le dice su hija.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le pasa? Parece muy amable y es guapo. Has besado a otros más feos y que parecían desagradables.

El joven en cuestión, de pie frente a la joven y rubia Tuvache sentada en su trono, no aparta los ojos de ella.

—Ya no la veo nunca, Marilyn. Ya no viene al cementerio. Béseme.

—No.

—Ya está bien —se impacienta el padre—. Los clientes esperan. ¡Marilyn, besa a este chico!

—No.

Mishima está estupefacto. Lucrèce, junto a él, meneaba la cabeza.

—Ya lo entiendo...

Aparta a su marido y lo lleva hasta el pie de la escalera, a salvo de oídos indiscretos.

—Tu hija está enamorada. A fuerza de besar a todo el mundo, un día u otro esto tenía que pasar...

—¿Qué dices, Lucrèce?

—Ama a ese joven guarda del cementerio y por eso no quiere besarlo.

—¿Es el guarda del cementerio? No lo había reconocido. Bueno, de todas formas, es una idiotez. Cuando se quiere a alguien, se le besa.

—¡Pero, Mishima, piensa un poco! Tiene el Death Kiss.

—Mierda... —El marido, que lo había olvidado, pálido y también de una pieza, se sienta en un peldaño de la escalera y contempla la zona refrigerada—. Cuando no se pudren las amanitas o se escapan las ranas, Marilyn se enamora. Esta sección está maldita.

La gente protesta y se impacienta.

—Bueno, ¿estamos o qué?

Mishima se levanta y se dirige hacia el joven guarda del cementerio para proponerle una alternativa:

—¿No prefiere una cuerda o veneno? Hay otros medios de acabar con la vida, sobre todo aquí. Las cuchillas de afeitar, la manzana de Turing, ¿no le atrae nada de eso? Lucrèce, ¿qué podríamos ofrecerle? Mire, no le cobraremos. Elija cualquier cosa, un *tanto* y un quimono, lo que quiera, pero decídase.

—Yo quiero que Marilyn me bese.

—No —dice la chica—. Le amo, Ernest.

—Yo también —dice él—. Hasta la muerte.

La situación está atascada. Pese al gentío, un silencio de muerte reina ahora en la tienda. De pronto se oye gritar.

— ¡¡¡Plum, plum, tra, la, la!!! ¡Así cantamos, así cantamos...! ¡¡¡Plum, plum, tra, la, la!!! ¡Así cantamos en mi país...!

— ¡Pero ¿qué es eso?!

El señor Tuvache levanta la cabeza hacia el techo, pues la canción, cuyo nivel sonoro ha llegado al máximo, parece venir del piso de arriba.

— ¡¡¡Plum, plum, tra, la, la!!!

La Señora Tuvache contrae las mandíbulas. Unos nervios laten en su rostro y le hunden las mejillas. Aprieta los labios, que se quedan lívidos. Los frascos de veneno tiemblan y entrechocan en las estanterías. Las vibraciones de la canción cantada a voz en grito hacen que se muevan y se desplacen, van a caer. Lucrèce se precipita para sujetarlos.

— ¡Ese es Alan!

Un tubo de neón estalla. De él emana un hilo de humo de olor acre que irrita los ojos de todos los candidatos al suicidio que esperaban un Death Kiss de Marilyn. Un sable de *seppuku* colgado en la pared de la escalera se desengancha y se clava en vertical en un peldaño. Su hoja reluciente vibra y lanza destellos, mientras que las cuerdas para ahorcarse se desenrollan y aterrizan en el suelo, donde unos clientes se traban los pies en los nudos corredizos. Mishima está desbordado. El tarro de caramelos que está en el mostrador cae y se rompe en mil pedazos de cristal centelleantes. Las cuchillas de afeitar se desplazan. Los pequeños cuadros de manzanas de Turing caen, y uno podría creer que está debajo de un manzano cuyo tronco es sacudido. La caja registradora se abre sola, mostrando todos los billetes recién proporcionados por la sección de productos frescos. Unos individuos sin escrúpulos de la torre Buda los cogen a puñados. Al percatarse del saqueo, Mishima ordena, empuñando el *tanto*:

— ¡Vamos, todo el mundo fuera! De todas formas, ya es casi de noche. Ya morirán otro día. Guarden el tique numerado y vuelvan mañana, cuando todo esté en orden. Y usted también, joven guarda del cementerio... ¡Vamos, fuera! Llévese este revólver desechable de un disparo y no vuelva a venir a complicarnos la vida con sus historias de amor.

— ¡¡¡Plum, plum, tra, la, la!!! ¡Así cantamos en mi país!

Unos tipos depresivos expulsados de la tienda salen canturreando maquinalmente: «¡¡¡Plum, plum, tra, la, la!!!...», mientras que todos los tubos de neón parpadean ahora como los focos sobre la pista de baile de la discoteca Kurt Cobain.

—¡Alan!, ¿quieres quitar de una vez esa música? —grita la madre, pero el estruendo de los doscientos artistas soldados (tenores, barítonos y sólidas voces de bajo) del ejército Rojo cantando a voz en cuello «¡¡¡Plum, plum, tra, la, la!!!» y taconeando al mismo tiempo impiden que su hijo menor, en el piso de arriba, la oiga.

Lucrèce suelta los frascos que estaba sujetando, de modo que éstos se estrellan contra el suelo y extienden su peligrosidad sobre las baldosas, bajo los expositores.

—Por lo menos servirá para desratizar.

Mientras sube la escalera, se sorprende de haber tenido ese pensamiento. Entra en la habitación de Alan:

—¿Vas a parar eso de una vez?

«¡Plum, plum, tra...!» Clac.

Lucrèce acaba de cortar el sonido.

—¡Eres un enfermo! ¡Estábamos viviendo una tragedia antigua en la sección de productos frescos y a ti no se te ocurre otra cosa que poner esta música! ¿Y tu hermano? ¿Es que no piensas en tu hermano? Ha debido de destruirlo todo otra vez al oír tus estupideces... —dice, saliendo al pasillo para ir a la habitación de Vincent.

Éste, impertérrito ante su maqueta intacta, repiquetea con las uñas sobre la mesa al ritmo de «¡Plum, plum, tra, la, la!». La madre se acerca a su cabeza vendada, observa la construcción, que él mira con las pupilas dilatadas, y expresa su sorpresa:

—¿Has unido los raíles de la Montaña Rusa?

—Ha sido Alan el que me ha dicho que quedaría mejor así y que la gente se sentiría más feliz...

—¡Pero bueno, esto es el colmo! Y encima, lo que tengo en el horno se está quemando. ¡Venga, todo el mundo a la mesa!

Mishima ha bajado la persiana metálica, aunque ha dejado la puerta abierta para que el local se ventile, y ha apagado las luces. Su hija, ya en lo alto de la escalera, arrastra de nuevo los pies. Él empieza a subir los peldaños a tientas en la oscuridad, se detiene, enciende la bombilla que está sobre su cabeza. En el descansillo, Alan lo mira y sonríe.

La madre, de mala uva, sale como un ciclón de la cocina y deja enérgicamente una fuente sobre la mesa del comedor:

—¡Y no quiero oír comentarios!, ¿vale? Con todo lo que ha pasado, he hecho lo que he podido.

—¿Qué es? —pregunta Vincent.

—Pierna de cordero. De un cordero que se tiró por el barranco, el carnicero me lo ha asegurado. Por eso el hueso está roto. Pero ¿a ti qué más te da, anorético? ¡Mishima, tu plato!

—Yo no tengo hambre —advierde Marilyn.

El ambiente en la mesa es horrible. Marilyn lloriquea, todo el mundo pone mala cara salvo Alan, que se extasía:

— ¡Hummm...! ¡Está buenísimo, mamá!

Lucrèce levanta los ojos hacia el cielo y pierde la paciencia.

— ¿Cómo va a estar bueno, cretino? ¡Lo he hecho de cualquier manera! He empezado asándolo y después le he puesto papel de aluminio por encima como si fuera un pescado en papillote, así que, ¡imagínate! Hasta le he puesto azúcar, antes de darme cuenta de que tenía que salpimentarlo.

— ¡Ah, ésa es la explicación! — dice Alan, hambriento y con cara sonriente — . Por eso tiene ese saborcillo caramelizado. ¡Y qué buena idea haberlo cubierto después con papel de aluminio! Así está crujiente por fuera y jugoso por dentro.

Vincent, con cara de Van Gogh en crisis, empuja su plato hacia la fuente. La madre y el padre se miran. Lucrèce sirve a su hijo mayor mientras el menor la felicita:

— Deberías montar un restaurante. Sería mejor que el de enfrente, el François Vatel, y los clientes, encantados, volverían a menudo.

— No tengo vocación de alimentar a la gente. ¡Menudo trabajo! Yo la enveneno y nadie vuelve nunca más. ¿Lo admitirás algún día?

Alan no hace ni caso.

— Eso es más o menos lo que hacen en el Vatel... Por eso van a tener que cerrar. Tú haces como que estás enfadada, pero sé muy bien que en el fondo te alegras de que me parezca buena tu pierna de cordero.

— Es verdad que está deliciosa — debe reconocer el padre.

Su mujer lo asesina con la mirada.

— ¡¿Tú también vas a empezar con eso, Mishima?!

Vincent se limpia los labios cortados y acerca otra vez su plato. Se sirve él mismo un gran trozo. Lucrèce deja sus cubiertos. Tan sólo Marilyn, con cara de asco, no toca los suyos.

— Te comprendo — le dice su madre — . Por lo menos hay una con gusto en la familia. Ella no malgasta su saliva en decir tonte...

— ¡¡¡Buaaa...!!!

La rubia se echa a llorar a moco tendido.

— ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? — dice la madre, ante el reproche que lee en los ojos de su marido.

— ¡¡¡Buaaa...!!! Mamá, papá..., nunca podré besar a Ernest, el chico que me quiere... Si lo hiciera, lo mataría...

— ¿Se llama Ernest? — pregunta Mishima — . ¿Como Hemingway? Al parecer fue su madre quien le envió por correo el revólver Smith and Wesson con el que se suicidó, junto con una tarta de chocolate... Su padre ya se había saltado la tapa de los sesos, y su nieta también lo hizo, en el treinta y cinco aniversario del suicidio del escritor. Hemingway había exigido que le pusieran el nombre de Margaux porque así se llamaba su vino preferido. La chica acabó alcohólica y se quitó de en medio. Divertido, ¿no?

Esta vez es Lucrèce quien frunce los ojos mirando a su esposo.

— A mí me lo parece — continúa éste — . La verdad es que es mala suerte este asunto del Death Kiss. ¡Mierda!, un chico estupendo que habría podido

darnos descendencia y con una profesión con futuro: guarda de cementerio. En cuestión de descendencia, con Vincent no se puede contar... Y en cuanto al otro, si algún día se casa, será con una payasa. Así que, para tener en la tienda artistas de circo que hacen juegos malabares con los frascos de veneno o juegan al hula-hoop con las cuerdas de ahorcarse, no vale la pena...

Vincent Tuvache, concentrado, masca como un rumiante. Disfruta, mastica largamente y degusta los jugos del cordero suicida que inundan su boca, cuando antes la simple idea de ingerir alimentos le hacía vomitar la bilis de su estómago vacío. Sentado a la izquierda de Alan, le pregunta con la boca llena:

—¿Cuántas veces hay que repetir «plum» antes de «tra, la, la»? ¿Tres?

—No, sólo dos —responde su hermano: «Plum, plum, tra, la, la.»

La madre, frente a Vincent, está atónita por la indiferencia de los chavales ante la desesperación de su hermana. Oye, abatida, a su hijo menor aconsejarle, rebañando el plato con pan:

—Estaba pensando que, a lo mejor, acompañado de rodajas de plátano confitadas con el jugo del cordero, añadiendo previamente cáscara de naranja...

Lucrèce contempla a su hijo y sólo se le ocurre lamentarse:

—Pero ¿por qué tuvimos que probar un preservativo agujereado?

Sentada a su izquierda, frente a Alan, Marilyn berrea de nuevo y fustiga a su progenitora:

—¿Y yo, mamá? ¿Por qué has querido que tenga la muerte en la boca como una serpiente de cascabel? ¡No prevéis nada!

—Verás..., eso de prever el futuro..., teniendo en cuenta cuál es nuestro oficio... —se disculpa el padre desde la cabecera de la mesa—. Estamos más acostumbrados al corto plazo, ya lo sabes.

Lucrèce no puede más y pronuncia una frase inédita en ella:

—¡Vincent, deja de atiborrarte! Es indecente. ¡Tu hermana está sufriendo!

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —pregunta Alan.

Mishima mira el largo cuchillo que ha servido para cortar el cordero; a continuación localiza en el pecho de su hijo pequeño el lugar exacto donde habría que clavarlo para hacer un *seppuku*. Está al borde del infanticidio, pero se controla y recuerda con voz neutra:

—Desde su mayoría de edad, tu hermana es venenosa...

—¡Qué va! —lo interrumpe, riendo, el menor de los Tuvache—. ¿Qué creéis? El día de su cumpleaños, abrí el frigorífico y cambié el brebaje de la jeringuilla por suero glucosado del que el médico le administra a Vincent por vía intravenosa cuando está demasiado débil.

Se hace un gran silencio que permite observar el estilo del comedor: un sofá morado (el color del duelo) delante de las cortinas de la ventana que da a la ciudad de las Religiones Olvidadas, un aparador antiguo que posiblemente date del siglo XXI, una lámpara en forma de Saturno, con su anillo, sobre la mesa, y al fondo, en una esquina, un televisor en relieve que, cuando dan las noticias, permite creer que la presentadora está toda ella, con sus tres dimensiones, en el comedor para anunciarte y soltarte en la cara las catástrofes más inesperadas.

—¿Qué has dicho, Alan?

—¿Tú lo sabías, Vincent?

—Sí —responde el mayor de los Tuvache, eructando y limpiándose los labios con la servilleta.

Los padres están perplejos. Eso recuerda a Lucrèce una ocasión en que aspiró por error un poco de Vendedor de Arena. Se siente desfallecer.

Marilyn todavía no está segura de haber entendido bien:

—¿Qué decís?

El padre, en un susurro lentísimo y contenido, ruge como una tormenta que aparece en el horizonte cargada de lluvia ácida:

—Puedes ir a buscar a tu guarda de cementerio, Marilyn, ve, corre. Tus besos son inofensivos. Has engañado, sin saberlo, a la clientela... La voz de Mishima se eleva:

—¡Y todo porque estos dos sinvergüenzas...!

Sus ojos lanzan destellos:

—... ¡Te han dado un placebo!

Su lengua suena como un trueno dentro de la boca:

—¡Hacer una cosa así... unos Tuvache! ¡Sois la vergüenza de vuestra stirpe! ¡En diez generaciones dedicadas al suicidio, jamás se había visto semejante estafa! Yo me preguntaba cuando volvían: «Pero ¿por qué no mueren?» Y tú, Vincent, de quien me sentía tan orgulloso... ¡Debería haberte llamado Bruto! Te has dejado influir por ese pequeño mamarracho, que sí se merece el nombre que lleva de pederasta inglés. ¡Será maricón!

—¡Vamos, Mishima, no mezcles las cosas! —interviene la madre, que se ha recuperado.

Pero su marido se levanta y tiende sus grandes manos de suicidador hacia el cuello de Alan, que escapa riendo hacia el pasillo, por donde su padre lo persigue. Marilyn se levanta asimismo de la mesa y echa a correr también detrás de su hermano. Los dos persiguen a Alan. El primero (Mishima) para estrangularlo; la segunda (Marilyn) para abrazarlo y exclamar: «¡Oh, Alan!» La madre, que todavía no ha asimilado una información tan reciente, suplica:

—¡Marilyn! ¡No beses a tu hermano! ¡Sobre todo si le quieres!

Vincent, sentado frente a ella, le recuerda:

—Pero, mamá, si lo que tiene en las venas es suero glucosado...

—Ah, sí, claro, es verdad...

A la mañana siguiente, entre la puerta de entrada de la tienda y la ventana situada junto al mostrador, el reloj de cuco colgado en la pared da las ocho. Encima de la esfera de metal esmaltado aparece el personaje de la Muerte, un esqueleto de madera de tilo, vestido con una larga túnica blanca y empuñando una guadaña, que canta: «¡Cucú, cucú!»

En la tienda, la radio se conecta automáticamente al empezar el noticiario:

«Tras la fractura terrestre de la falla de San Andrés, junto a Los Ángeles, y el desencadenamiento de las repetidas erupciones volcánicas que extendieron lava de ceniza por todo el continente a lo largo del siglo pasado, la vida regresa a América. Unos científicos iraníes han descubierto las primeras apariciones de liquen en el emplazamiento de Nueva York desde el Big One. Deportes: nueva derrota del equipo regio...»

Lucrèce, con delantal y máscara antigás, friega con abundante agua el suelo donde el día anterior cayeron los venenos y pregunta:

— ¿Guon-guon-guon, guon-guon-guon? Mishima apaga la radio.

— ¿Qué dices?

Su mujer desabrocha las hebillas y levanta el filtro de la máscara.

— ¿Qué hacemos con Marilyn? ¿Sigue como si no hubiera pasado nada o lo deja? Te confieso que me parecería una lástima, porque de repente la sección de productos frescos había empezado a ser rentable. Cierra la caja registradora, Mishima.

Su marido obedece y coloca en su sitio las cuerdas mientras reflexiona. Barre, recoge con una pala los restos del tarro y los caramelos y los deja amontonados en el mostrador. Después le ordena a Alan:

— Retira los fragmentos de cristal de las golosinas. ¡Sólo faltaría que los niños se cortaran la lengua! Y tú también lleva cuidado, no vayas a herirte con una esquirra. No sé... — confiesa a su mujer.

Marilyn, con vestido de trabajo de lamé, escotado y ceñido, levanta los brazos, lo que acentúa hasta la locura la pureza del perfil de sus formas. Espalda muy arqueada, vientre planísimo, nalgas perfectamente redondas, pezones muy altos en sus torneados pechos porque, subida a una escalera, está colgando los últimos cuadros del friso de manzanas.

—¡Ya está! ¡Hecho! Antes de abrir, mientras pensáis qué hacemos, tengo casi una hora para ir a ver si Ernest ha llegado al cementerio y comunicarle la buena noticia.

—¡Mierda! —exclama Mishima, al pie de la escalera.

Su hija, pensando que le ha caído un cuadro en la cabeza, se inclina hacia él.

—¿Qué pasa?

Con la palma de la mano, su padre se golpea la parte alta de la despoblada frente:

—He hecho una tontería...

Lucrèce, con guantes de cirujano y enjuagando una bayeta en un cubo, se incorpora:

—¿Qué?

—Anoche, en medio del jaleo, le di un Smith and Wesson desechable a Ernest.

—¡¿Qué?!

La madre está estupefacta y Marilyn, sin darse cuenta, separa los pies de la escalera y se desliza por los montantes hasta el suelo. El vestido elástico, tan sexi un instante antes, se ahueca de golpe y se hincha como un ridículo paracaídas.

—¡Pero, papá, hay que hacer algo!

—¿Qué?

—Amor mío, quizás anoche, con tu re... con tu revólver... —tartamudea Lucrèce—, se dis... se dis...

—¿Qué?

El padre, anonadado, se niega a comprender lo inevitable, mientras que Lucrèce, quitándose los guantes de cirujano, toma las riendas de la situación:

—Ya sé lo que vamos a hacer, Mishima.

—¿Qué?

—Ve inmediatamente a preguntar en la floristería Tristán e Isolda si lo han visto pasar esta mañana, mientras yo voy a casa de su madre, en la torre Moisés. Marilyn, tú ve corriendo al cementerio, y tú hazte cargo de la tienda hasta que volvamos para abrir.

Alan se vuelve y dice, estupefacto:

—¿Qué?

Poco antes de las nueve, Lucrèce y Mishima vuelven juntos, pero entran por la pequeña puerta trasera de ese antiguo lugar de culto convertido en Tienda de los Suicidas. Su hijo pequeño no les ha oído entrar porque, con los auriculares de un walkman —cuyo chisporroteo oyen sus padres— en los huecos de los tímpanos, escucha una canción optimista y la canturrea mientras trabaja:

—¡Busca lo más vital, busca lo más vital...! Con la mano izquierda, el chiquillo de cabellos rubios y rizados sigue el ritmo chasqueando los dedos frente a la ventana, hasta donde ha llevado los sobres sorpresa. Con la mano derecha, levanta uno a uno los caramelos ácidos, los mira y tira aproximadamente uno de cada dos al cubo de Lucrèce, donde se disuelven en las aguas envenenadas.

—¡Busca lo más...!

—¿Qué hace? —murmura Mishima al oído de Lucrèce, que le responde:

—Mira los caramelos al trasluz para ver los que están rellenos de cianuro y los tira.

—¡Será...!

Pero la señora Tuvache tapa con una mano la boca de su marido, que, llevado por su mal humor, ha cometido la torpeza de empujar, en un extremo del doble expositor central, una cuerda enrollada. Ésta cae al suelo haciendo un ruido tremendo.

Alan, frente a la ventana, vuelve su cara redonda salpicada de pecas. Se quita un auricular, presta atención, ve la cuerda en el suelo. Se aleja del mostrador sin dejar de canturrear, coge una cuchilla de afeitar expuesta, va a por la cuerda y le corta unas fibras al azar.

—¡Busca lo más vital! ¡Busca lo más...!

Hace, al ritmo de la canción, unos cortes alrededor del nudo corredizo; luego, después de mojar con saliva un dedo, pasa éste sobre las fibras para disimular su sabotaje y coloca la cuerda entre las demás. Los padres, escondidos detrás de la escalera, están indignados, pero continúan espionando a su hijo, que regresa hacia el mostrador imitando de manera cómica la danza contoneante del oso feliz:

—Doquiera que vaya, doquiera que estoy, soy oso dichoso, soy oso feliz...

Frota contra uno de los bloques que hace su padre el filo de la cuchilla de afeitar hasta dejarla embotada, y entonces la pone junto a las demás.

Abre algunas bolsitas de plástico transparente de los kits de suicidio Alan Turing y cambia las manzanas que contienen por otras.

—¿De dónde las ha sacado? —susurra Mishima.

—Del frutero del comedor.

—Espero que no ponga las otras en su lugar... ¡Pero qué poca vergüenza!

El señor Tuvache emerge gruñendo de debajo de la escalera. El personaje de la Muerte sale del reloj de cuco y da las nueve: «¡Cucú! ¡Cucú...!» La radio se conecta automáticamente al empezar el noticiario:

«El tiempo. La situación empeora. Se prevén lluvias de ácido sulfúrico...»

El padre apaga la radio, se dirige a su sorprendido hijo, que se quita los auriculares de los oídos para oír a su progenitor tronar:

—¡Prepárate! ¡Ya he decidido lo que voy a hacer contigo!

Arriba, contra la pared, el personaje de la Muerte continúa desgranando su serie de nueve dobles e irritantes «cucús» para indicar la hora. Mishima le tira una manzana envenenada. La Muerte agredida se queda sin su cabeza de madera de tilo y el fruto fatal se clava en la hoja de la guadaña: «¡Cuc!» La manzana y el personaje desplazado y decapitado obstruyen el cierre de las puertecitas redondeadas esculpidas sobre la esfera, mientras que el jugo del fruto gotea sobre la túnica de la Muerte.

La lengua de Mishima se mueve en el interior de su boca a la velocidad de las palas de un ventilador, mientras que los rizos de Alan ondean. El chiquillo de cara adorable frunce los ojos, azotado por el viento de la cólera paterna:

—¡Pasarás las dos semanas de vacaciones escolares de invierno en Mónaco, en unas colonias de comando suicida!

Lucrèce se acerca sujetándose la cabeza con las manos.

—¡No, Mishima! ¡Mónaco no! ¡Es demasiado!

—¡Sí!

La madre de familia suplica a su marido:

—Pero, cariño, allí están todos chiflados, locos de odio y de brutalidad, y él es tan... tan...

—¡Así sentará un poco la cabeza y descubrirá su vocación! —replica el padre, que añade, dirigiéndose a su hijo—: ¡Ve a preparar tus cosas! ¡Y no te lleves el CD! Esos kamikazes no escuchan canciones. No es un sitio para eso.

Lucrèce está destrozada, pero Alan, en cambio, ve el lado bueno del castigo:

—¿A Mónaco? Allí hará calor. Cogeré crema solar y un bañador por si vamos a bañarnos.

19

- Pero ¿qué te pasa, Ernest? ¡Estás muy pálido!
- ¡Aaah...! ¡Es esa máscara! Creí que me moría de miedo cuando la he visto.
- ¿La máscara que ha creado Vincent te produce ese efecto? —pregunta, asombrada, Lucrèce.
- Pero ¿por qué construye semejantes horrores? —dice, temblando, el joven guarda del cementerio mientras se sienta en un escalón para intentar recuperarse.
- Ha sido mi Alan... El pobre..., espero que... En fin, ha sido él el que le ha aconsejado, antes de marcharse de colonias, que libere sus angustias haciendo máscaras que representen los monstruos de sus pesadillas.
- Pues vaya... ¡Uf...!
- Mi novio es muy sensible —dice extasiada Marilyn, sentándose a su lado y abrazándolo—. Ven aquí, mi niño...
- Y eso que es guarda de cementerio... —comenta Mishima, que también se acerca.
- No, en serio..., Vincent tiene que consultar a un especialista —se justifica el amor de la hija de los Tuvache—. Porque esto es grave...
- Vamos, vamos... —minimiza Lucrèce—. Por fin ha recuperado el apetito y ahora se da unos buenos atracones. Eso ya es mucho. Además, Ernest, a nosotros, los Tuvache, los psiquiatras no nos gustan mucho...
- Ya, pero aun así... ¡Uf...! ¿No tendrá, por casualidad, una copita de aguardiente?
- ¿Aguardiente? No, no tenemos de eso en la tienda —se disculpa Mishima—. En cambio, estoy pensando que, si las máscaras pueden producir ese efecto..., las personas sensibles o de corazón frágil... Habría que ver —concluye mientras el esqueleto de tubitos de hierro que sirve de campanilla en la puerta de entrada tintinea.
- Una señora regordeta y con el cabello rizado entra.
- ¡Pero si es la señora Phuket-Pinson! —exclama Lucrèce dirigiéndose hacia ella—. ¿Viene para que le pague la cuenta que dejé pendiente en la carnicería?
- No, no se trata de eso. Es por mí...

— ¡Ah! ¿Qué ocurre?

— Me he enterado de que, desde que estoy enferma, mi marido se ha hecho amante de la camarera del Vatel. Así que quiero acabar con mi existencia. Ya estaba harta de tantos trastornos de salud, y ahora se añade esto...

— Sí..., trastornos cardíacos, creo... —susurra hipócritamente el señor Tuvache, acercándose también con una bolsa en la mano en cuyo interior está la máscara de Vincent—. Señora Phuket-Pinson, cierre los ojos que quiero comprobar una cosa, pero sin hacer trampas, ¿eh?

La carnicera rolliza, dócil y resignada como un animal en el matadero, baja los párpados de largas pestañas de buey. Mishima le ata los cordones de la engorrosa máscara detrás de la cabeza y le tiende un espejo a la vendedora de carne de animales muertos:

— Mírese ahora.

La señora Phuket-Pinson levanta los párpados y descubre su nuevo aspecto en el espejo:

— ¡Aaah...!

Unas mejillas de carcasa de ave que Vincent debe de haber sacado del cubo de la basura y repelado, piel hecha con bayeta usada en la frente y la barbilla, una nariz de pico de gallo cacareando. A ambos lados, los ojos son molinillos de plástico verde y rosa como los que venden desde hace siglos junto a los estanques de los jardines públicos. Giran y emiten música. Dos guirnalda de dientes parpadean —una tira decorativa de luces de árbol de Navidad que funciona con pilas— entre unos labios hechos cisco, formados de esquirlas de hueso de la pata de un cordero que ha sufrido una fractura abierta. Las noches de Vincent no deben de ser apacibles. La visión de sus pesadillas horroriza a la regordeta engañada y cardíaca, que descubre también el espectáculo del revoltijo de lana multicolor de su cabellera hirsuta sembrada de arañas y otros animales venenosos de plástico. Gracias a un ingenioso sistema, de los ojos sale humo que da vueltas movido por los molinillos.

— ¡Aaah...!

La carnicera cae redonda. Mishima se arrodilla junto a ella y se inclina.

— ¿Señora Phuket-Pinson...? ¡Señora Phuket-Pinson!

Se levanta y no puede por menos que reconocer:

— Funciona.

Marilyn contagia por sudación, al menos eso es lo que ella dice. Estrecha la mano de los clientes:

— La Muerte le saluda, señor.

Un joven desesperado, enclenque y con cara de listillo, único cliente presente en la tienda, expresa ante ella su estupor:

— ¿Eso es todo? ¿Cree que será suficiente?

La hija de los Tuvache introduce los dedos de la mano derecha en un guante de lana polar para que su palma transpire.

— Pues claro que sí — responde con aplomo—. Mi sudor mortal habrá penetrado en sus poros y no tardará en estar...

El chico se muestra reivindicativo:

— ¿No puedo recibir también un besito de la Muerte?

— Bueno, un besito sí.

Marilyn se inclina y estampa en una mejilla la huella sensual de su carmín de labios. El cliente manifiesta su decepción:

— No, yo quería decir aquí, en la boca, con lengua y saliva, como hacía antes... Es para mayor seguridad.

— ¡Ah, no!, eso se acabó — replica la atractiva rubia, irguiéndose en el trono con su vestido de lamé—. Ahora soy la prometida del guarda del cementerio — confiesa, sonrojándose y parpadeando con las largas pestañas postizas de sus ojos maquilladísimos.

El joven, pensando que decididamente no habrá tenido suerte en su existencia, se acerca a la caja para pagar:

— ¿Cuánto es?

— Doce euros-yens.

— ¡¿Doce...?! Algunos se ganan bien la vida... Te da la mano y se embolsa doce del ala.

— Sí, pero después de habérsela dado usted morirá — dice el señor Tuvache a modo de justificación.

— ¡Eso espero! A ese precio...

Y el cliente, muy decepcionado, se marcha bajo los tubitos de hierro del esqueleto que tintinean en la puerta. El padre, incómodo, meneaba la cabeza. ¡Las

cinco en punto! En el reloj de cuco, el personaje decapitado y hecho trizas de la Muerte tallado en madera de tilo, que ha quedado atrapado entre los batientes, sobre la esfera, profiere un espasmódico «¡cuc!» sacudiendo la hoja de la guadaña clavada en una manzana enmohecida.

Mishima levanta la cabeza y comenta:

—Es ridículo... De todas formas, aquí ya no va nada bien.

La radio se enciende: «Catástrofes. El gobierno regional promete ataques terroristas de nuestros comandos suicidi...» Mishima la apaga.

—Esta radio también empieza a cargarme.

—Pero, cariño, fuiste tú quien quisiste que la programáramos para que se pusiera en marcha automáticamente a la hora de las noticias y se apagara sola al empezar las canciones y los programas de variedades. Decías que para los cli...

Lucrèce, ansiosa y sentada ante la caja, se muerde un labio retorciéndose las manos con inquietud, porque a ella le habría gustado escuchar la continuación de las noticias para enterarse de lo que pasa.

Su marido, apuesto como un emperador romano pese a estar medio calvo, escruta a Marilyn, que, con las manos enguantadas, hojea despreocupadamente una revista femenina en la sección de productos frescos, al fondo de la tienda.

—Lo que hacemos no es honrado. Mis antepasados deben de revolverse en la tumba de vergüenza. Y por si fuera poco, ahora vendemos máscaras cómicas de carnaval... Este establecimiento, que tenía su prestigio, cada vez parece más una tienda de artículos de broma.

—Nooo..., es para que la gente se muera de miedo...

—¡Vamos, Lucrèce, déjalo ya! ¿A quién hacen morir? A una cardiaca que acaba de salir del hospital. Impresionan a un guarda de cementerio sensible, pero a nadie más... Lo sabes tan bien como yo, la gente nos las compra para divertir a los invitados en las celebraciones de cumpleaños.

—A lo mejor se mueren de risa soplando las velas...

—¡Tú siempre tienes que tener razón! ¡Faltaría más! Y otra cosa: si crees que no te veo seleccionar los caramelos mirándolos al trasluz en cuanto me vuelvo de espaldas... Estoy seguro de que no queda ni uno envenenado en ese tarro. Cuando bajo al sótano, te oigo dárselos a puñados a los niños mientras les secas los ojos con un pañuelo. Te oigo decirles: «Todo se arreglará, todo se arreglará. Sed buenos y volved a casa, que vuestros padres deben de estar preocupados.» Sí, se está yendo todo a paseo, y tú, mi pobre Lucrèce, también te vas como quien no quiere la cosa... ¡Y yo sé desde cuándo está todo patas arriba! ¿Por qué nos empeñamos en probar un preservativo agujereado? ¿Qué es eso de ahí? Eso que está pegado en la caja delante de ti...

—Una postal de Alan que hemos recibido esta mañana —responde la madre, febril.

—Déjame verla. ¿Qué imagen ha elegido? El holograma de una bomba. Ah, bueno... ¡Pero, claro, tenía que dibujar una sonrisa encima!

—¿Ah, sí?

—¿No te habías dado cuenta, Lucrèce? Antes, te habrías dado cuenta... —continúa Mishima bajando al sótano con la postal en la mano y dirigiéndose hacia un saco de cemento para hacer bloques destinados al ahogamiento o la

defenestración—. Este chiquillo... Espero que sean capaces de enderezarlo... o que se convierta en un mártir.

Lucrèce, autófaga, se come las uñas con la mirada perdida.

Mishima baja por encima de su cabeza la trampilla del sótano, enciende una bombilla mortecina y desciende por la escalera de vértigo en el que se abisma su alma. Lleva en la mano la postal holograma de Alan y, a la claridad del final de la tarde invernal que entra por el tragaluz, la lee:

«Queridos mamá y papá, os quiero...» A Mishima se le ilumina el corazón. Este ocasional matasiete en la tienda o en casa deja de bravuconear cuando está solo en el fondo del sótano leyendo las palabras de su hijo:

«No os preocupéis por mí. Seguro que todo irá bien...»

¡Ah, ese eterno optimista, ese diablillo! El día declina, la noche avanza. El cielo se cierra lentamente como una caja. Es la hora en que los dolores de los enfermos se agudizan, la noche oscura los agarra del cuello. Bajo tierra, como los muertos, en un altar al fondo de su angustia, Mishima emite una nota quejumbrosa, una nota extraña se le escapa:

— Alan...

Es algo más que una ilusión y algo menos que un murmullo. Arena de los bloques se desliza entre sus dedos. Es como un agua fría que sube, es como una vergüenza que crece. Desde hace una semana, todas las noches, víctima de una tremenda pesadilla, se debate como un nadador. En la cama, a derecha e izquierda, no encuentra más que insomnio. E incluso cuando duerme, grita:

— ¡¡Alan!!

Por la abertura de barrotes del sótano, oye, arriba, ruido de tacones en la acera. Le parece, acunado por ese repiqueteo monótono, que están clavando un ataúd en algún sitio. Es el crepúsculo. La grava azulea. Siempre es un poco de noche para alguien en el mundo, siempre es para alguien la hora de ese estremecimiento en los hombros. «No aguanto más —dice la lluvia de ácido sulfúrico—. Ya no aguanto nada de lo que pasa.» Mishima se creía libre sobre un cable de acero, cuando todo el equilibrio lo aportaba el balancín. Necesita a Alan. Nada actúa de contrapeso. Fuera, el grito del tranvía —un dedo atrapado en los cables eléctricos—, y en el fondo del sótano todo parece un suicidio que no se atreve a consumarse. La arena fina, vagamente estrella. Mishima se siente como ese bloque que está ante él y que no tiene más ley que su propio peso. Una prenda olvidada de Alan descansa sobre una silla. La coge, hunde la

cabeza en ella, vacía su corazón, que tiene un depósito de lágrimas.

¿Lo ha oído llorar...? Lucrèce, junto a la caja de la tienda, levanta la trampilla y pregunta en la penumbra:

– Mishima, ¿estás bien? ¡Mishima...!

—No hay muchos clientes esta mañana.

—Sí, esto está muerto.

—A lo mejor es por la victoria del equipo regional de ayer.

—A lo mejor...

Un joven vagabundo entra en la Tienda de los Suicidas. Va embutido en un gran abrigo sucio, puesto encima de un montón de jerséis harapientos. Un pantalón deformado y manchado le cubre las piernas. Con los pies envueltos en bolsas de basura troceadas, dice con voz ronca y carrasposa:

—Quisiera matarme, pero no sé si cuento con los medios para hacerlo. ¿Qué es lo más barato que tienen?

Mishima, con un jersey de cuello en pico, sin mangas, sobre una camisa azul petróleo, le responde:

—Los que no tienen dinero se asfixian con nuestras bolsas de plástico. Son muy resistentes. Tome, aquí tiene también un trozo de cinta adhesiva para cerrar herméticamente la bolsa alrededor de su cuello.

—¿Cuánto le debo?

—Nada, nada... —El señor Tuvache sonríe contrayendo una comisura de la boca.

El joven vagabundo de dientes podridos, con un gorro chino de lana roja del que sobresalen unos cabellos mugrientos y mates, lamenta:

—Si hubiera conocido a más personas tan desinteresadas como ustedes, no estaría aquí... O si les hubiera tenido por padres atentos y protectores... Al oír eso, Mishima se mosquea:

—¡Ya vale!

Pero el sin techo, agradecido, insiste, levantando una mano con la bolsa de plástico que le han regalado:

—Para agradecérselo, me la pondré en el banco de enfrente. Los transeúntes leerán el nombre de la tienda alrededor de mi cabeza y eso les hará un poco de publicidad. Seré en cierto modo su hombre-anuncio.

—Eso es, muy bien... —dice Mishima, cansado, abriéndole la puerta y sintiendo el frío del exterior—. ¡Huy, salga rápido! ¡Me estoy quedando tieso!

Una vez cerrada la puerta, el señor Tuvache, desasosegado y febril, cruza

los brazos y frota las manos contra la camisa, desde los hombros hasta los codos, para entrar en calor. Desplaza un poco los sobres sorpresa colocados delante de la ventana, junto a la caja, pasa la palma de una mano sobre el cristal empañado.

Mira, fuera, al joven sin techo cruzar a la acera de enfrente y sentarse en un banco. Lo ve meter la cabeza en la bolsa, cuya abertura ciñe a su garganta y rodea ésta con la cinta adhesiva. Parece un ramo de flores dentro de un cuello. El ramo no tarda en empezar a latir. La bolsa de plástico hermética se hincha, se deshinch, se hincha. El nombre de la tienda se estira como si estuviera escrito en un globo: La Tienda de los Suicidas. Con los pies cruzados, las manos metidas en los bolsillos de su pesado abrigo y la cabeza hundida, se asfixia, inclinado hacia un lado. Ahora se puede leer en la otra cara de la bolsa: «¿Su vida ha sido un fracaso? ¡Con nosotros, su muerte será un éxito!» El chico cae sobre la acera.

Lucrèce se acerca a un hombro de su marido como deslizándose sobre unos raíles. Ella también mira. Extraordinariamente digna, el porte de su cabeza sobre su cuello de pájaro es pura nobleza. Más arriba de la blusa de seda roja entreabierta, un mechón de pelo más claro sobre su frente da vida al peinado. Sus labios alargados, un poco contraídos, se estiran, y sus ojos oscuros se fruncen como si viera mal o como si mirara muy a lo lejos:

— Por lo menos allí no pasa frío.

— ¿Quién?

Mishima coloca de nuevo en su sitio los sobres sorpresa y se vuelve. A través del techo de la tienda, oye sollozos convulsivos intercalados con risas, maldiciones, gritos.

— Vincent se pone a crear temprano —constata el padre—. ¿Y Marilyn? ¿Todavía no ha bajado?

— Está remoloneando en la cama con Ernest —le responde su mujer.

«¡Aaah! ¡Huuuy! ¡¡¡Aaay!!!» En su habitación, Vincent, vestido con una chilaba gris con dibujos de explosivos, tiene dolor de cabeza: «¡Alan!» Tiene la impresión de que va a estallarle el cráneo, de que fragmentos de hueso van a salir proyectados en todas direcciones. Ha apretado tanto el larguísimo y grueso vendaje alrededor de su cráneo que parece un faquir barbudo con la cabeza comprimida. Vincent —esa herida humana de rostro rojo sangre de artista en crisis— vuelve unos ojos de girasol abierto y todas sus facciones marcadas son un formidable incendio de carbonillas que saltan en pavesas. Pese a haber engordado un poco, sigue siendo carne viva y nervios, el chorro violento de alguien desgarrado por la vida. Un rostro, ladrillo sobrecalentado, de alienado que sufre alucinaciones. Una oleada lo recorre ante una máscara loca lacerada y acosada por todos lados por su pincel embriagado. Mezclados con el tumulto de los materiales heteróclitos del disfraz, el resplandor y las vibraciones de sus tintes, con el color tal como sale del tubo, vomitan y gritan: «¡Alan!» Enganchada en la lámpara de su mesa de trabajo, una postal holograma de su hermano en la que se puede leer: «Eres el artista de la ciudad.»

Al otro lado del tabique, en la habitación de la derecha, Ernest danza amorosamente sobre el vientre de Marilyn. Inclinado sobre ella, parece acariciar una tumba. Y cuando el agua de la boca de su amada llega al borde de los dientes, él la bebe y dice: «Tú, que como un cuchillo entraste en mi corazón.» La belleza de sus caricias veladas de vapores rosados. Y la hija de los Tuvache mueve los labios. Unas flores desfallecen en un rincón. Los sonidos y los perfumes giran en la atmósfera; vals melancólico y doloroso vértigo. Los pechos de Marilyn, como escudos, atrapan destellos.

El guarda del cementerio tropieza con las palabras igual que con el empedrado: «¡Te... te... te quiero!» La abraza y acuna su alma. La sonrisa eterna de los treinta y dos dientes de la chica lo lleva a lugares desconocidos. Le produce el efecto de un espléndido barco que se hace a la mar. Exhibiendo los pechos con los codos apoyados en las almohadas, su sirena sin camisa presenta un hermoso aspecto festivo. Amante ferviente ella también, levanta la cabeza, se recuesta. Clavada con una chincheta en la pared, una postal: «Eres la más guapa.»

Lucrece, Marilyn, Mishima, Vincent... Todos echan de menos a Alan de la misma manera que le falta sentido a la existencia.

—¡Cucú!

El padre, sorprendido, levanta la cabeza hacia el reloj de la tienda.

—¡Anda!, ¿ya funciona otra vez?

Luego baja los ojos:

—¡Ah, eres tú...! Pero ¿qué haces aquí?

Frente al expositor de los venenos, la madre envuelve un frasco para una vieja de cuerpo retorcido. Ese monstruo contrahecho que tiempo atrás fue una mujer se queja:

—Nunca se acaba de envejecer.

Tan pequeña de nuevo como un niño, esa criatura frágil, con la bolsa de plástico en la mano, parece dirigirse lentamente hacia otra cuna. Podría hacer un río con su llanto. Lucrèce se vuelve:

—¡Alan!

Con el hatillo al hombro y los cabellos al viento, su benjamín está junto a la caja, y de repente, un rayo de verano parece atravesar la tienda. La madre se precipita hacia él:

—¡Mi niño! ¡Estás vivo!

Los colores chillones con que siembra su atuendo proyectan la imagen de un ballet de flores y la esperanza brilla en el establecimiento. Marilyn, en la sección de productos frescos, estrecha de prisa la mano de un cliente y se deshace rápidamente de él:

—¡La Muerte le saluda a usted también! ¡Adiós!

Y echa a correr hacia su hermano pequeño barriendo el aire con su amplia falda. Su corazón redobla como un tambor:

—¡¡Alan!!

Lo besa, le acaricia las mejillas, le estrecha las manos, mete sus dedos desnudos bajo la sudadera del chiquillo, le toca la piel. El cliente de Marilyn expresa su extrañeza:

—¿También mata a su hermano?

—¿Cómo? ¡No, no!

El cliente apesadumbrado paga doce euros-yens sin comprender. Toca a Alan, deslumbrado por la salud que emana como una luz de sus brazos y sus

hombros, y sale detrás de la anciana descompuesta.

— ¡Vincent! — grita la madre —. ¡Vincent! ¡Ven a ver! ¡Alan ha vuelto!

Vincent, con una caja de bombones en la mano y masticando, aparece en lo alto de la escalera, junto a la puertecilla por la que se accede a la escalera de caracol de la torre de ese antiguo edificio religioso (¿iglesia, templo, mezquita...?). El cierzo que sopla por debajo de la puerta hace ondear su chilaba decorada con bombas atómicas. Alan sube los peldaños y abraza a su hermano.

— ¡Vaya, el artista de la ciudad ha engordado!

Vincent —ese Van Gogh enturbantado— escruta la sudadera de su hermano, adornada con un dibujo que le intriga. Al fondo de un acuario, se ve una carta en la que puede leerse: «*Goodbye.*» Sobre la abertura del recipiente, un pez de colores, goteando, echa a volar agarrado al hilo de un globo. Otro pez que permanece dentro del agua echa burbujas y le grita: «*No, Brian! Don't do it!*»

Vincent no ríe.

— ¿Qué es?

— Humor.

— ¡Ah!

Mishima, que se ha acercado al pie de la escalera, echa la cabeza hacia atrás y le pregunta a Alan:

— ¿Por qué has vuelto tan pronto?

— Me han expulsado.

El chiquillo, cuya mirada sorprende por su franqueza, a gusto en todas partes como el aire en el cielo y el agua en el mar, baja la escalera extendiendo sobre ella una alfombra triunfal con sus risas:

— Yo me divertía mucho, pero a los instructores eso los sacaba de quicio. Distraía a los otros alumnos, bombas humanas como yo. Cuando desfilábamos por la noche, con una sábana blanca y un capirote con dos agujeros para los ojos, contaba chistes que les hacían partirse de risa. Mientras hacían pipí en las dunas de Niza, yo recogía rosas del desierto, y cuando les dije que era orina de camella mezclada con arena y esculpida por el viento, la vida les pareció maravillosa. Volvieron cantando: «¡Bum! ¡Mi corazón hace bum...!» El responsable del curso comando suicida estaba desesperado. Yo fingía no entender nunca nada de sus explicaciones técnicas. El pobre se arrancaba los pelos de la cabeza y de la barba. Una mañana, al límite de su paciencia, se rodeó la cintura de explosivos, cogió el detonador y me dijo: «¡Fíjate bien, porque sólo te haré la demostración una vez!» Y se hizo estallar. Me expulsaron.

Mishima mueve primero la cabeza verticalmente en silencio. Es como un actor incapaz de encontrar las palabras que corresponden a su papel. Luego inicia un vaivén lateral:

— ¿Qué vamos a hacer contigo?

— ¿Quieres decir durante el resto de las vacaciones? ¡Me ayudará a preparar los venenos! — dice Lucrèce, entusiasmada.

— Y hará máscaras conmigo — dice Vincent desde lo alto de la escalera.

— ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué divertido! ¡Aaay, qué dolor de barriga! ¡Ja, ja, ja, ja...! No puedo respirar... ¡Aaay...!

Un hombrecillo canijo con bigote y sombrero, completamente vestido de gris, había entrado con aire triste en la tienda. Lucrèce le había enseñado una máscara hecha por Vincent y Alan.

— ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ah, es divertidísimo! ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Vaya cara de tonto...!

Mishima, encorvado, abrumado, sentado en una silla con los antebrazos apoyados en los muslos separados y los dedos cruzados entre las rodillas, levanta trabajosamente la frente hacia ese cliente matinal, el primero del día. Lo ve de frente desternillarse ante el espectáculo de la máscara que le enseña Lucrèce, de espaldas a su marido. Y el cliente ríe con una mano sobre la boca.

— Pero ¿cómo han podido crear algo así?

— Mis hijos han hecho la máscara esta noche. Está lograda, ¿verdad?

— ¡Ya lo creo! ¡Pero qué cara de idiota! ¡Y menudos ojos tiene...! ¡Y la nariz! Mire, mire la nariz... ¡Es increíble!

El cliente se dobla de risa ante el disfraz facial que exhibe frente a él, a la altura del pecho, la señora Tuvache. Se ahoga, tose, eructa.

— ¡Es que hay que verlo! ¡Vivir con una cara semejante...! No es como para hacer muchos amigos. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Por no hablar de las mujeres! ¿Conoce a una sola que querría a un tipo así? ¡Ja, ja, ja, ja...! Ni un perro lo querría..., ja, ja, ja, ja..., ni una rata..

El cliente llora de risa e intenta recuperar el aliento.

— Déjemela ver otra vez. ¡Ay, no puedo más!

— Entonces, aparte los ojos — le aconseja la señora Tuvache.

— No, está decidido. ¡Tiene una facha lamentable! Ese tipo debe de ser un cretino. Hasta un pez de colores preferiría salir de la pecera antes que quedarse frente a él. ¡Ja, ja, ja!

El cliente se mea encima de risa, se moja todo el pantalón.

— Perdona... ¡Qué vergüenza! Había oído decir que tenían máscaras grotescas, pero ésta es... ¡Ja, ja, ja, ja...!

— ¿Quiere ver más? — le propone Lucrèce.

— No, no. No podría enseñarme ninguna peor. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ah, qué idiota!

¡Que la palme, que la palme ese idiota perdido! ¡Nadie echará de menos a ese cretino!

Mishima, hasta ese momento con la mirada perdida y apenada, centra su atención en ese cliente especial que se muere de risa delante de la máscara.

— ¡Mi corazón! ¡Aaay...! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Pero qué pinta de tonto! ¡Ja, ja, ja, ja...!

Se congestiona, se queda paralizado, con los brazos doblados sobre el pecho y las manos abiertas y estiradas, cae desplomado al suelo espetándole a la máscara:

— ¡¡¡Cretino!!!

Mishima se levanta y contabiliza:

— Y van dos... Pero ¿qué ha ideado ese par?

Lucrèce se vuelve y le muestra una máscara de plástico blanco, impersonal, sobre cuya nariz Alan y Vincent han pegado un espejo.

—Aprenda a contemplarse en el reflejo que devuelve esta máscara, señorita. Vuelva a mirarse y llévesela a su casa para ponerla en el cuarto de baño o sobre la mesilla de noche.

—¡Uy, no, gracias! Ya he visto bastantes horrores...

—Sí, hágalo —insiste Alan, ante la caja—. Aprenda a quererse. Vamos, una vez más para complacerme.

Levanta la máscara espejo delante de la joven, que vuelve rápidamente la cabeza.

—No puedo.

—Pero ¿por qué?

—Soy monstruosa.

—¿Cómo? ¿Qué me está diciendo? Usted es como los demás: el mismo número de orejas, de ojos, una nariz... ¿Cuál es la diferencia?

—Es evidente, hijo. Tengo la nariz larga y torcida, los ojos demasiado juntos, y las mejillas enormes y llenas de granos.

—¡Hala, cuántas manías! Déjeme ver...

Alan abre un cajón bajo la caja registradora, saca una cinta métrica y la desenrolla. Coloca el remate metálico de un extremo de la cinta entre los ojos de la cliente y la extiende hasta la punta de la nariz.

—Siete centímetros. ¿Cuánto debería medir? ¿Cinco? Y el espacio entre los ojos, midamos eso. ¿Cuánta separación más tendría que haber? Un centímetro como mucho. Ahora las mejillas..., ¿cuánto les sobra? No se mueva para que coloque bien esto bajo el lóbulo de la oreja. Yo diría que hay un exceso de cuatro centímetros.

—En cada una.

—Sí, vale, en cada una. Pero, así y todo, comparado con el tamaño del universo no dejan de ser más que unos pocos milímetros. ¡No hay ningún motivo para quitarse de en medio! ¡Que yo sepa, cuando la he visto entrar no he descubierto a una extraterrestre con ocho tentáculos con ventosas y unos ojos redondos en la punta de unas antenas de doce metros! Ah, sonrío... Le sienta bien sonreír. Mire lo bien que le sienta —dice, levantando la máscara de plástico blanco ante la cliente, que inmediatamente hace una mueca de desagrado.

—Tengo unos dientes horribles.

—No, no son horribles. Al estar un poco torcidos, le dan un aire eterno de niña que no ha llevado aparato corrector. Es conmovedor. Sonríe.

—Eres muy amable.

—Es verdad que es un encanto —comenta en un susurro una voz grave bastante lejos de la chica, a su espalda—, porque no son tan horribles sus dientes...

—Chsss...

Mishima y Lucrèce, de pie el uno junto al otro frente a la estantería de las cuchillas de afeitar y con los brazos cruzados, observan en silencio a su hijo, que intenta endosarle una máscara a esa clienta de la que sólo ven su espalda sin cintura, su gordo culo y sus piernas como postes. Descubren el reflejo de los feos rasgos de su rostro poco agraciado en el espejo de la máscara blanca que le presenta Alan.

—Sonríe. Lo que le pasa es normal. Aquí he oído a muchas personas decir que empezaron por no poder mirarse en los espejos de las tiendas y que luego rompían sus fotografías. ¡Sonríe, la están mirando!

—Tengo millones de granos.

—Granos de ansiedad... Cuando esté más relajada, desaparecerán.

—Mis compañeros me consideran tonta.

—Eso es porque no tiene confianza en sí misma. Y eso hace ser torpe, decir cosas a destiempo. Pero si aprende a familiarizarse con el reflejo de esta máscara y a quererlo... Mire a esa persona que está frente a usted. Mírela. No se avergüence de ella. Si se cruzara por la calle con ella, ¿querría matarla? ¿Qué ha hecho para despertar tanto odio? ¿De qué es culpable? ¿Por qué no habría de quererla? Empiece por apreciar usted a esa mujer y sin duda los demás también acabarán por apreciarla.

—¡Qué tío! ¡Y todo eso por una máscara de cien euros-yens...! Tengo que reconocer que tiene sentido comercial y que no escatima saliva —dice, admirado, Mishima.

La chica, desconcertada, mira a derecha e izquierda.

—¿No me he equivocado...? ¿Estoy en la Tienda de los Suicidas?

—Vamos, vamos, olvide esa palabra que no lleva a ninguna parte.

—¿Por qué dice eso? —dice el padre, frunciendo el entrecejo.

—La vida es la que es. ¡Vale lo que vale! Ella también se las apaña como puede con sus torpezas. A la vida tampoco hay que exigirle demasiado. ¡Pero de ahí a querer suprimirla! Vale más tomarse todo esto por el lado bueno. Ahora, deje aquí esa cuerda y ese revólver desechable. Con lo angustiada y asustada que está en estos momentos, dispararía contra el nudo corredizo, ¡y menudo desastre! Se caería del taburete y se rompería una rodilla. ¿Le duelen las rodillas?

—Me duele todo.

—Sí, ya, pero ¿las rodillas en concreto?

—Hummm... no...

—¡Fantástico! Continúe así. Y que sus rodillas se pongan en marcha para guiarla en su recorrido con ese rostro de mujer sobre la máscara. Si no quiere

hacerlo por mí, hágalo por ella. ¿Cómo se llama?

La clienta levanta los ojos hacia el espejo.

—Noémie Ben Sala-Darjeeling.

—Noémie, un nombre muy bonito... Quiera a Noémie. Ya verá qué simpática es. Llévese la máscara a casa. Sonríale y ella le sonreirá. Cuídela, necesita afecto. Lávela, perfúmela, vístala bien, haga que se sienta mejor consigo misma. Intente aceptarla. Se hará amiga suya, su confidente, y serán inseparables. ¡Lo que van a reírse juntas...! Y todo eso por cien euros-yens. Una ganga. Venga, se la envuelvo. La dejo en sus manos. Cuídela bien. Se lo merece.

Mientras suena el cajón de la caja registradora al abrirse, Mishima lamenta:

—Podría haberle vendido también la cuerda y el revólver...

—Tome, coja un caramelo del tarro —dice Alan, sonriendo.

—Ah, ¿no son...? —pregunta la clienta.

—¡Qué va! Adiós, señora sin dolor en las rodillas.

Cuando Lucrèce, de frente, cruza los dedos sobre la cabeza con las palmas hacia abajo, sus brazos doblados dibujan los párpados de un ojo cuya cabeza sería la pupila central. A ambos lados, entre las orejas y la sangradura de los brazos, la pared trasera brilla con un blanco de córnea. La señora Tuvache se convierte en un gran ojo fijo sobre un busto de mujer.

—Hasta otro día, señor.

Alan, a su lado, está atónito.

—¡Anda!, ¿ahora les dices «hasta otro día» a los clientes, mamá?

—No se ha llevado nada. Le digo «hasta otro día» porque volverá. Cuando se entra una vez aquí para mirar, antes o después siempre se vuelve para comprar. Tienen que acostumbrarse a la idea. Los que se sienten tentados por el ahorcamiento empiezan saliendo con fulares y poco a poco van atándoselos cada vez más fuerte. En su casa, se aprietan el cuello con una mano para notar las vértebras, el cartílago, los tendones, los músculos, las venas que laten. Van acostumbrándose. Volverá.

Lucrèce, manteniendo las manos cruzadas sobre el cabello, dobla la cabeza, la inclina hacia la derecha. Y se diría que es todo el gran ojo el que ordena al niño:

—Baja la persiana metálica y apaga las luces. Vamos a subir, Alan.

En la cerrada habitación paterna, Mishima mira a través de la ventana. Apartando con una mano la cortina, observa cómo se ahoga el sol en su sangre y, en el balcón de las torres, cómo se pulveriza la vida en grandes lienzos de filosofía. El porvenir que se precipita muestra su herida obscena, y abajo se desparraman los hombres y lo que éstos han soñado.

El señor Tuvache, comerciante que se ha vuelto amarillo, melancólico, y cuyos ojos reflejan los colores del ocaso, se siente desolado, decrepito, polvoriento, sucio, abyecto, viscoso, resquebrajado.

Está desencantado incluso de Lucrèce. Todo se desmorona, amor y belleza, hasta que el olvido los meta en su saco para devolverlos a la eternidad. Le gustaría emborracharse, pero sale caro, y en cuanto al acto carnal, es otra cosa a la larga agotadora. Extraña música la de esa gimnasia que se considera divertida. Y el jeroglífico de sus pensamientos se convierte en un guirigay.

Ya no hay estaciones, han roto el arco iris, han doblado la nieve. Detrás de las torres de la ciudad de las Religiones Olvidadas —ese país mental—, las primeras grandes dunas, cuyos granos de arena a veces arrastra el viento por el bulevar Bérégovoy hasta la puerta de la Tienda de los Suicidas. En el suelo, unos focos giratorios y fantásticos barren el cielo encapotado y la contaminación con largos conos de luz verde. Los pájaros que impulsivamente se aventuran hasta allí se asfixian, mueren de un ataque cardíaco por encima de las torres. Por la mañana, algunas mujeres recogen sus plumas, con las que se hacen un sombrero exótico antes de arrojarlas al vacío.

Es la hora de los gritos procedentes del inmenso estadio, repentinamente iluminado, y del pueblo amante del látigo embrutecedor. Es la hora en que, en otra parte, el enjambre de las pesadillas hace retorcerse sobre las almohadas a las primeras personas dormidas. Desgraciadamente, todo es abismo —acción, deseo, sueño—, y a Mishima se le eriza de miedo el vello del brazo con el que sujeta los visillos. Nota pasar el aire bajo la ventana. La puerta de la habitación se abre y Lucrèce pregunta:

—¿Vienes a la mesa, Mishima?

—No. No tengo hambre...

Se hace pesado ser un hombre. Se hace pesado renunciar a todo.

— ... Voy a acostarme.
Porque mañana habrá que seguir viviendo.

A la mañana siguiente, el señor Tuvache ya no tiene fuerzas para levantarse. Su mujer lo tranquiliza:

—Quédate en la cama. Los niños y yo nos las arreglaremos muy bien. El médico al que he llamado dice que tienes una buena depresión y que debes descansar. He hablado con el colegio de Alan. Faltará unos días. Ya sabes que ese crío tiene montones de ideas.

—¿Qué ideas?

Mishima intenta poner un pie en el suelo:

—Hacer los bloques, tejer las cuerdas, afilar las cuchillas...

Pero la cabeza le da vueltas y su esposa le ordena:

—¡Quédate acostado! Y deja de pensar en esas cosas. Sabremos llevar la tienda sin ti.

Y sale, dejando la puerta abierta por si su marido llama. El señor Tuvache oye abajo, en la tienda, la imaginación organizando su orgía a las luces de la mañana. Lucrèce y Marilyn suben la escalera:

—Toma, coge el cesto y ve a comprar tres piernas de cordero, naranjas y plátanos... ¡Y azúcar! Voy a prepararlas como el otro día y siguiendo los consejos de Alan. Si no son corderos suicidas, no pasa nada. El sabor es el mismo. Ernest, ¿me ayudas a despejar todo esto? ¿Qué, Vincent, van a tardar mucho en estar las primeras?

Mishima detecta en el aire un olor extraño:

—¿Qué estáis haciendo?

Su mujer entra en la habitación con un plato y responde:

—Crepes.

—¿Crepes? ¿Qué clase de crepes?

—Crepes para comer, ¿de qué clase quieres que sean? Míralas: al verter la pasta en la sartén con el cucharón, Vincent dibuja una cabeza de muerto y deja unos agujeros para los globos oculares, las cavidades nasales y los espacios entre los dientes. Luego echa dos chorritos que parecen dos tibias cruzadas, como en las banderas de los piratas.

—¿Las servís espolvoreadas de cianuro?

—¡Uf, cómo estás! Anda, descansa —dice Lucrèce, saliendo de la

habitación.

Todos van arriba y abajo, pasan por el corredor como mariposas que siembran la locura en una danza vertiginosa. A la hora de comer empiezan los pedidos:

— ¡Dos raciones de cordero Lucrèce! ¡Tres crepes Vincent! Marilyn, ¿quieres ir a estrecharle la mano al señor que está abajo? Las crepes, dos con chocolate y una con azúcar.

— ¡Lucrèce!

— ¿Qué quieres?

La señora Tuvache entra en la habitación secándose las manos en el delantal. Su marido, enormemente crispado, le pregunta:

— ¿En qué se está convirtiendo esto? ¿En un restaurante?

— ¡No, hombre, mira que eres tonto! ¡Si va a haber música también!

— ¿Música? ¿Qué clase de música?

— Alan tiene unos compañeros que tocan instrumentos antiguos. Creo que los llaman... guitarras. Además, ese crío es estupendo, ¿sabes? Rehabilita a las víctimas.

— ¿Qué víctimas?

— Los clientes.

— ¿Llamas víctimas a nuestros clientes? Pero Lucrèce...

— Bueno, ya está bien, no tengo tiempo de discutir.

Y sale de nuevo. Vals melancólico y vértigo, la mirada de Mishima parece empañada de vaho. Sentado en la cama, con chaqueta de quimono con una cruz roja bajo el plexo solar, su contemplativo aspecto oriental... Y todo el caos circulando por esa inteligencia de húmedas brumas que flotan en los ojos.

Alan pasa por delante de la habitación, se detiene:

— ¿Qué tal, papá?

Los grandes ojos de ese niño, sanador familiar de las angustias humanas. Sus arcanos adorados donde centellean tesoros desconocidos. Y sus juegos de artificio, erupciones de alegría que hacen reír al cielo mudo y tenebroso de la ciudad de las Religiones Olvidadas.

Algo escapa de la garganta de Mishima, como un canto extraviado. El chiquillo se va.

El señor Tuvache querría levantarse, pero se enreda con las sábanas como un pez que se debate entre las mallas de la red. No lo consigue, deja caer los brazos sobre la manta.

Siente la metamorfosis y hace totalmente responsable de ella a Alan. Sabe que, ahora, en la Tienda de los Suicidas todo se evapora por obra de ese experto químico.

—¡La puerta!

En la cama, Mishima, que ha ordenado que cierren la puerta de la habitación, enciende su televisor 3D-sensaciones integrales a la hora de las noticias de la noche. Aprieta uno de los numerosos botones de un mando a distancia.

Una presentadora se materializa en la habitación. Traslúcida como un velo al principio, se vuelve cada vez más nítida:

— Buenas noches. Las noticias...

Sólo anuncia mierdas ultrapesimistas. Por lo menos queda alguien que no decepciona a Mishima.

Dotada de volumen y sentada con los brazos cruzados en una silla, parece que esté de verdad en la habitación. Inclinandose hacia la derecha o hacia la izquierda, se la puede ver de perfil. Mishima nota su perfume y lo encuentra demasiado embriagador. Disminuye su intensidad gracias al mando a distancia.

La presentadora cruza sus bonitas y largas piernas. Al señor Tuvache no le gustan mucho los colores de su falda. Los cambia pulsando el telemando. Desplaza un cursor para acercar la silla a él. La presentadora está ahora junto a las almohadas, como sentada a la cabecera de un enfermo. Si el señor Tuvache tiende la mano, la toca, nota el tejido de su falda y puede subirla hasta más arriba de las rodillas de finísima piel. Si quisiera, podría también, mientras ella habla, desabrocharle la blusa, pero no tiene la cabeza para esas cosas. La escucha.

Distendida, inclinada y con un codo apoyado en un muslo, le susurra la actualidad en el tono de una conversación íntima. Ya no se lleva el tono declamatorio y solemne de la tele de antes. La voz un poco rota y grave — italiana — de la presentadora es bonita:

— La dictadora del universo, Indira Tu-Ka-Ta, ha inaugurado esta mañana, en la provincia siberiana, un vasto complejo de ochocientas mil chimeneas de seiscientos metros de altura destinadas, esperan, a reconstruir la capa de ozono alrededor del globo. Pero yo lo dudo — precisa la presentadora.

Mishima comparte su opinión.

— ...Todos los expertos piensan que esta decisión debería haber sido

tomada en el siglo XXI —prosigue— y que ahora es demasiado tarde. La propia presidenta está convencida de ello...

—Por supuesto —dice Mishima.

—....Lo ha declarado en su discurso inaugural. Y ahora, atención, sensaciones en el centro de ese vasto territorio sembrado de chimeneas de ozono. Hace mucho frío. Tápanse.

La cama de Mishima está de pronto en plena Siberia. Nota el viento glacial, sube las sábanas, aspira la turba húmeda y helada. Y por doquier, altísimas chimeneas despiden ozono hacia el cielo. El olor de ese gas produce un poco de picor en los ojos. El señor Tuvache saca una mano fuera de la cama y la tiende hacia el suelo. Hace mucho tiempo que no ha sentido el tacto de la hierba que, al tirar de ella, corta un poco los dedos. Mira su mano, en la que no ha quedado ningún rastro de herida.

Siberia abandona bruscamente la habitación. La presentadora reaparece en la silla. Marilyn, rubia y con traje de gitana ondulante, entra. Es todavía más guapa que la mujer de la tele. Su guarda de cementerio la acompaña:

—Hola, suegro.

La hija de los Tuvache atraviesa la luz de la presentadora:

—Huele a perfume —dice, sentándose en la cama de su padre, que apaga el televisor: ¡Pop!

—Mira qué ramo tan bonito me ha regalado Ernest, papá. Ha cogido flores de las tumbas pensando en mí. Es bonito el amor, ¿eh?

—Querrás decir la muerte.

—¡Vaya, no mejoras! Sería mejor que bajaras con nosotros a la tienda. Verías el ambiente, con las guirnaldas y los farolillos, y te animarías. ¿Quieres que te traiga una crepe?

—Si está rellena de *Amanitas phalloides*...

—¡Jo, papá! Toma, te dejo mi ramo de flores de cementerio en la mesilla de noche. No esperes a mamá para dormirte porque se acostará tarde. Esta noche vamos a organizar una buena jarana en la sección de productos frescos.

—¿Una jarana?

Unas noches más tarde, Mishima, en zapatillas cansadas y, a modo de pijama, quimono con cruz roja para rajarse, ha recuperado un poco de fuerza y la voluntad de levantarse, de tratar de dar unos primeros pasos vacilantes.

Mal afeitado, con ojeras y la piel de la cara marcada por los pliegues de las sábanas, avanza por el pasillo como borracho, llega a la pequeña puerta por la que se accede a la torre y al arranque de la escalera que hay que bajar para ir a la tienda. Allí, en el rellano, agarrado a la barandilla, mira hacia abajo.

¡Y lo que ve...!

... No puede creerlo. La tienda, la preciosa tienda de sus padres, de sus abuelos, etc., que era sobria como el depósito de cadáveres de un hospital, limpia, despejada, etc., ¿en qué se ha convertido!

En una gran pancarta que va de una pared a otra por encima de los expositores, aparece escrita esta consigna: «¡Suicídese de vejez!» Mishima reconoce la letra de Alan.

Abajo, una multitud alegre charla y ríe pese a la hora tardía, se apiña de puntillas para ver, en la sección de productos frescos, a tres jóvenes que cantan y tocan una animada música con gui..., gui..., guitarras: La gente sigue el ritmo dando palmadas, le pide crepes cabeza de muerto a Vincent, que las hace en cadena en una placa eléctrica colocada directamente sobre el mostrador. El humo que sale de la sartén enturbia, atenúa, hace opaca la luz de los neones entre efluvios de azúcar en polvo caramelizándose, de chocolate caliente que a veces gotea, cae, mancha las baldosas. El cucharón se eleva, desciende, traza tibias cruzadas en el utensilio de cocina, y Lucrèce acciona la caja registradora:

—¿Una crepe? Tres euros-yens. Gracias, señor. Marilyn, en la estantería de las cuchillas de afeitar, que han desaparecido, amontona manzanas (no las de los kits Alan Turing) en una licuadora, de la que extrae el zumo en vasos:

—Un euro-yen, por favor.

Ernest hace una demostración de *seppuku*, pero la hoja del *tanto* se dobla al chocar contra su vientre, se enrosca sobre sí misma. Mishima se frota los ojos, baja la escalera. El guarda del cementerio vende tres sables a unos clientes eufóricos, los envuelve y los mete en unas bolsas en las que pone: «¡Yupi!» El señor Tuvache tiene que agacharse para pasar por debajo de las guirnaldas, se

golpea la cabeza con unos farolillos de colores festivos. Se dice que quizás está soñando. Pero no, porque su mujer lo llama:

— ¡Ah, cariño, por fin has venido! ¡Qué bien! Así podrás ayudarnos, porque estamos desbordados. ¿Quieres una crepe?

Un verdadero desesperado —uno que no está al corriente de los cambios del establecimiento— entra y se dirige espontáneamente hacia Mishima, que presenta el mismo aspecto de abatimiento que él.

— Quisiera un bloque para hundirme hasta el fondo del río.

— Un bloque... ¡Vaya, tranquiliza ver a alguien normal! ¿Los han cambiado de sitio? Ah, no, siguen estando aquí.

El señor Tuvache respira hondo y se agacha para levantar uno con las dos manos, pero le sorprende hacerlo sin ninguna dificultad. Ese bloque de mortero le parece extraordinariamente ligero. Podría hacerlo girar sobre la punta de un dedo. Unos cuantos días de reposo no han podido darle tanta fuerza. Observa su textura y lo rasca con las uñas.

— Espuma de polietileno...

El cliente sopesa también el bloque.

— ¡Pero si esto flota! ¿Cómo es posible ahogarse utilizándolo?

Mishima hace un gesto de desconcierto con la boca y levanta las cejas al tiempo que mueve la cabeza.

— Supongo que no hay que agarrarse a él con las manos..., pero que, si la cadena está sujeta a un tobillo, debes de poder ahogarte de todas formas bajo este bloque de espuma de flotador.

— ¿Qué interés tiene vender eso?

— Francamente..., no lo sé. ¿Quiere una crepe?

El cliente, desconcertado, mira la multitud abigarrada y enmascarada que baila, con matasuegras entre los labios, el baile de los gilís: «¡Es el baile de los gilís, gi, gi, gilís...!»

— ¿Toda esta gente no ve nunca las noticias en la tele? ¿No se desespera nunca por el futuro de la Tierra?

— Eso mismo me pregunto yo —contesta Mishima al que deseaba pasar la noche en el fondo del río—. Le acompañaría con mucho gusto.

¡Buaaa...! Se abrazan y berrean el uno sobre el hombro del otro mientras, en la sección de productos frescos, Alan, que ha extendido una sábana, ofrece un espectáculo de marionetas donde todo es maravilloso, bello, irreal y, por lo tanto, forzosamente tonto. Vincent parece sentirse cómodo en ese ambiente de feria. Con la cabeza vendada, no sonríe, por descontento, pero presenta mejor aspecto. Lucrèce, que ve a su marido llorar a moco tendido, se precipita hacia él y la toma con el cliente que está abrazándolo.

— ¡Déjelo en paz! ¿Qué le ha dicho para que se encuentre en este estado? ¡Hala, váyase, fuera!

— Yo sólo quería buscar algo para matarme esta noche —se justifica el hombre.

— ¿No ha visto la pancarta que está sobre los expositores? ¡Aquí nadie se suicida ya, si no es de vejez! ¡Vamos, largo!

Y acompaña hacia la escalera, entre el alegre gentío, a su marido, que

pregunta, tambaleándose:

— ¿De qué son las hojas de *tanto* nuevas?

— De goma.

— ¿Y por qué habéis cambiado el material de los bloques?

— Porque no quiero que, si los clientes empujan el expositor central cuando bailan, les caiga uno en los pies. ¿Te imaginas los daños? Es lo mismo que con las cuerdas; ahora vendemos las mismas que se utilizan para practicar puenting. Es una idea de Vincent; dice que, cuando la gente se haya golpeado tres o cuatro veces la cabeza con el techo después de haber saltado del taburete, no tendrá ganas de volver a intentarlo. ¿Sabes que hemos cambiado de proveedor? La Muerte me la Suda se acabó. Ahora lo compramos todo en Trónchate de Risa. Y hemos triplicado el volumen de ventas.

A Mishima le fallan las piernas. Su mujer lo sujeta por las axilas.

— ¡Pobrecito mío! ¡Venga, a la cama!

Más tarde, vacía ya la tienda de clientes y en el recuperado silencio de la noche, la señora Tuvache está en la habitación de Alan, sentada en una silla, mirándolo dormir. Con los dedos cruzados, las palmas de las manos apoyadas en el cráneo y los codos paralelos a los hombros, los brazos de Lucrèce dibujan en el aire los párpados de un gran ojo colocado sobre un busto. La pupila — cabeza de la señora Tuvache inclinada sobre un hombro— parece desviada y bajada hacia ese gracioso rostro de Alan rodeado de gasa, cuyos rasgos expresan la alegría de vivir.

¿Habrá que poner algún día grilletes a este marinero inventor de Américas? ¿Arrojadlo al mar? Apuntando hacia arriba con su naricilla respingona, sueña con brillantes paraísos. Es un oasis en un desierto de aburrimiento. Con la nuca en el hueco de una almohada sintética, mueve un poco los labios, atrapado en una de las historias de sus sueños. Cerrados los párpados, de pestañas largas y suaves como la luna, todo en él engendra una esperanza totalmente anacrónica en esa época.

Ese chiquillo que durante el día hace soñar a los cerebros humanos tiene un aspecto sencillo, así como una corriente de agua que se extiende por toda su feliz despreocupación. Se parece a esos bellos horizontes que te llevan a lugares desconocidos. Y bajo las sábanas, sus pies corren una carrera azarosa. El olor de su habitación... Hay perfumes frescos como la carne de los niños. Por un capricho singular, su sueño está lleno de milagros. ¡El cerebro infantil, arquitecto de universos mágicos!

Esa noche, la luna sueña con más pereza. La señora Tuvache se levanta, acaricia los rizos rubios de Alan, que abre los ojos y le sonríe. Después se da la vuelta y se duerme de nuevo. A su lado, la vida parece interpretarse al violín.

Lucrèce está ahora en la cama junto a su marido. Tumbada boca arriba y con los brazos junto al cuerpo, un silencio de eternidad planea sobre ella. Las formas se borran y ya no son más que un sueño, pero el horrible nubarrón de su pasado reaparece y, en su interior, le hace doblar lentamente las rodillas.

Cuando era pequeña —cuatro o cinco años—, su madre le pedía que la esperara después de clase sentada en un banco del patio del parvulario y le prometía que, si se portaba muy bien, la dejaría columpiarse.

Su madre se retrasaba muy a menudo, a veces ni siquiera iba, y en esos casos la directora del colegio le decía a la niña que volviera sola a casa. Su padre, pese a sus promesas, no iba nunca. Y muchas veces, la niña esperaba hasta muy tarde, portándose bien, muy bien, que su madre llegara y la dejara columpiarse.

¿Se columpió alguna vez? Lucrèce no se acuerda, sólo se acuerda de la espera, la fantástica espera de su madre, que la miraría columpiarse.

Apoyadas en los muslos las palmas de sus manitas regordetas, con las puntas de los dedos levantadas, y erguido el busto, en absoluto deformado, miraba al frente con los ojos muy abiertos. ¡Miraba al frente, pero no veía nada! Sólo se portaba bien, tan tan bien que su madre forzosamente iría.

No se permitía hacer un solo movimiento, pronunciar una sola palabra, exhalar un solo suspiro. Esperaba portándose tan bien que su madre no podría sino ir. Si le picaba la punta de la nariz o un calcetín se le había bajado hasta el tobillo, permanecía inmóvil. Mamá iría. Se fundía consigo misma, aspiraba el picor que sentía en la punta de la nariz, el frío que sentía en la pantorrilla por la que había resbalado el calcetín. Había aprendido a integrar eso. Sabía concentrarse, aprendía a hacerse zen. Cuando más tarde vio reportajes sobre los antiguos bonzos, comprendió que a los cuatro años ella ya sabía alcanzar ese estado mental. Ha conservado de su primera infancia esa capacidad de ausentarse, de mirar de pronto al frente sin ver. Es un gran agujero en su cabeza, como cuando esperaba a su madre en un banco del patio del colegio. Entonces se mineralizaba, no sentía nada de su cuerpo, podría jurar que ni siquiera respiraba. Cuando la madre llegaba, su hija ya no estaba viva.

Fuera, la lluvia de ácido sulfúrico golpea las ventanas de la habitación.

—¡Lo sé, lo sé muy bien, lo sé perfectamente! ¿Qué cree? Esto ha cambiado durante mi depresión, no reconozco nada. ¡Está todo manga por hombro!

Mishima, ligeramente recuperado, con camisa de cuadros y jersey de cuello de pico sin mangas, lleva en la cabeza un cono de cartón blanco decorado con círculos multicolores. Una goma estirada bajo su barbilla sujeta ese gorro, que el hombre serio a más no poder al que se dirige observa con expresión dubitativa.

—Y eso que yo tenía ideas para que el negocio continuara como antes —le explica—. Había pensado organizar un viaje en avión alrededor del mundo. ¡Nadie habría regresado...! Habríamos ofrecido una selección de las compañías aéreas regionales más peligrosas del planeta y de los pilotos menos fiables. En La Muerte me la Suda habrían contratado a una veintena, alcoholicos depresivos adictos a los calmantes y que no paran de esnifar, ni siquiera cuando pilotan. Era una apuesta sobre seguro. En cada escala, los pasajeros suicidas habrían subido a bordo de otro aparato desvencijado, preguntándose si se estrellaría contra una montaña, un desierto, una ciudad, o caería al fondo de un océano. La gente no habría sabido en qué lugar del globo iba a morir. Pero resulta que hemos cambiado de proveedor...

—No debería quejarse, porque el negocio tiene toda la pinta de funcionar estupendamente —dice el interlocutor de Mishima, mirando a su alrededor al gran número de clientes que entran en la Tienda de los Suicidas con una sonrisa en los labios.

Éstos besan afectuosamente a Lucrèce en las mejillas:

—¿Cómo está, señora Tuvache? Es un placer volver a verla.

Ella, disfrazada de frasco de veneno, con un tocado en la cabeza en forma de tapón, les ofrece las tartaletas con las especialidades culinarias de ese lunes —cordero suicida, buey asfixiado, pato con salsa de sangre...—, que ha anotado en la pizarra donde antes escribía el nombre del cóctel envenenado del día.

Ha hecho desmontar y bajar al sótano el doble expositor central, para instalar en su lugar una mesa larga donde los clientes se reúnen a fin de buscar soluciones para el futuro del mundo.

—Para frenar el avance del desierto, habría que poder transformar la arena en una materia prima útil para las poblaciones —sugiere uno—, igual que

hicieron los hombres con los bosques, el carbón, el petróleo, el gas...

—Seguramente comprimiéndola y calentándola a temperaturas extremas —interviene otro—, podrían hacerse ladrillos vitrificados de una dureza increíble que serían indispensables para la construcción.

—¡Claro! —exclama una chica—. Y así cada edificio, puente o lo que sea sería una pequeña victoria sobre las dunas.

—Las regiones del mundo que más sufren esta calamidad se convertirían en las más ricas. Sería fantástico.

—Voy a apuntar esta idea —se entusiasma Alan, vestido de Aladino en un extremo de la mesa—. Siempre hay una solución para todo. No hay que desesperar jamás.

Oír eso en su establecimiento a Mishima le produce cierto desasosiego.

Cada vez son más las personas a las que les gusta ir a reunirse allí, a esperar con confianza en esa Tienda de los Suicidas que ahora llaman la TDLS, como si se tratara de una asociación. Mishima, atónito, prefiere permanecer firme en sus antiguas posiciones frente al hombre estricto que tiene delante.

—Yo quería instalar un buzón donde los clientes habrían metido una carta explicando su decisión. Era una buena idea, ¿no? Los padres del suicida, y sus amigos, en el caso de que los tuviera, habrían podido venir a leer el correo del difunto dirigido a ellos. Yo creo que seguramente después, llevados por la pena, habrían comprado algo para ellos. Había planeado organizar semanas de promoción de determinados artículos: la semana del cáñamo y cosas así. Para el día de los enamorados, una oferta de dos por uno.

Marilyn, disfrazada de sexi y divertida hada Maléfica en la sección de productos frescos, sólo toca ya a los clientes con su varita mágica: «¡Ja, ja, ja, ja! ¡Está muerto!» Una lucecita verde se enciende y chisporrotea lanzando destellos en la punta de la varita al producirse el contacto. Y los presuntos suicidas se revuelcan entonces por el suelo fingiendo terribles convulsiones ante el desconcierto de Mishima, que pese a todo cobra los doce euros-yens del Death Ki... ¡del lo que sea sin *kiss*!

El comerciante tira de la goma, que le pellizca la piel del cuello, bajo la barbilla.

—Mi hija está embarazada del guarda del cementerio. Quiere dar vida. ¿Se da usted cuenta?

El hombre contesta:

—Si ha tenido usted tres hijos, es que en el fondo también le tenía apego a la existencia.

—Tres hijos... El tercero... —relativiza Mishima—. Había pensado llevar a la práctica una idea que tuvo el mayor antes de ser fagocitado por el más pequeño. Se trataba de una simple corona metálica para poner sobre la cabeza, con un brazo articulado en la parte de atrás, en el extremo del cual habríamos colocado una lupa. De ese modo, en verano, la gente habría podido suicidarse por insolación. Habría bastado sentarse en un lugar sin sombra y ajustar la lupa hasta encontrar su punto de incandescencia. Cuando los cabellos hubieran empezado a chamuscarse, habría sido cuestión simplemente de permanecer inmóvil. La punta concentrada del rayo habría atacado el cuero cabelludo y a

continuación la caja craneana. Cuando hubieran recogido a los desesperados, del gran agujero negro de su cerebro quemado habrían salido fumarolas... Pero, desgraciadamente, ya no está de moda. ¡Mire a ése, el mayor, que era mi orgullo, en qué se ha convertido...! Un ex anoréxico con auténtico temperamento psicópata de asesino en masa, resulta que ahora ha descubierto que le apasionan..., ¿sabe qué...? ¡Las crepes! No para de engullir crepes de la mañana a la noche.

Vincent, con las mejillas bien rellenitas, corta barba pelirroja y mirada todavía furiosa bajo el vendaje del cráneo, va vestido de personaje de la Muerte con un mono ajustado negro con huesos pintados en blanco. Removiendo la pasta de las crepes en un gran cuenco, mira a su padre, que da unas palmadas sobre su abdomen prominente:

—El esqueleto está echando tripa, ¿eh? Mishima se vuelve de nuevo hacia el visitante y lo pone por testigo:

—Como ve, no me faltaban ideas. Hasta estuve pachucho unos días de tanto pensar, el tiempo necesario para que el resto de la familia cometiera esta felonía por influencia del eterno feliz, del optimista, aquél... Y he aquí el resultado. Mire: las nuevas pistolas desechables disparan balas de fogueo, los caramelos de la muerte sólo acaban con los dientes... En cuanto a las cuerdas para ahorcarse, si yo le contara... Los sables de *seppuku* sirven de matamoscas.

—Vale, pero, entonces, ¿qué pasa con nuestro asunto? —pregunta, inquieto, el visitante con aspecto de personaje oficial enviado allí en misión especial—. ¿Se trata del suicidio colectivo de todos los miembros del gobierno regional! No podemos darles matamoscas.

—¿Qué le habría gustado?

—No sé... Quizás el Vendedor de Arena del que me hablaba antes, si le queda en *stock* para cuarenta personas.

Mishima llama a su mujer, que, disfrazada de frasco de veneno, escucha junto a la mesa de reunión todos los «podríamos», «no habría más que», «vamos a hacer esto, aquello»...

—¡Lucrèce! ¿Te queda en la antecocina belladona, gelatina mortal y soplo del desierto?

—¿Para qué?

—Para qué... —suspira el comerciante frente al enviado del gobierno—. De verdad se lo digo, hay veces que a ésta se le va la olla...

Luego eleva de nuevo la voz dirigiéndose a su esposa:

—El gobierno, consciente de su incompetencia y su culpabilidad, ha decidido suicidarse esta noche en directo en la tele. ¿Puedes prepararles lo necesario?

—Voy a ver qué hay. ¿Me ayudas, Alan?

—Sí, mamá.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quién? ¿Quién se ha atrevido? ¿Quién ha sido el sinvergüenza?

Mishima sale de sus aposentos echando chispas por los ojos. Acaba de atarse el cinturón (amarillo) de una chaqueta de quimono que lleva una cruz de seda roja sobre el plexo solar.

Con los brazos y las piernas abiertos, empuña un *tanto* de hoja afilada y brillante (no de goma) que ha descolgado de encima del aparador del comedor.

Apura de un trago un vasito de sake. En lo alto de la escalera y calzado con zapatillas de flores, resulta amenazador como un samurái a punto de atacar. Hasta parece que habla en japonés:

—¿Kien ha-he cho-es to kien?

Pregunta quién ha hecho eso, pero se dirige instintivamente hacia Alan, que maneja ingenuamente unas marionetas en la sección de productos frescos. Lucrèce, con las palmas de las manos apoyadas sobre la cabeza, las baja rápidamente y se interpone entre su marido y él.

—Pero ¿qué pasa ahora, cariño?

Parece mirar al frente mientras su esposo corta el aire con el sable intentando alcanzar a Alan, que pasa entre las piernas de su padre y sube corriendo la escalera.

—¡Raaah...!

El señor Tuvache se vuelve y sale en su persecución. Una vez en lo alto de la escalera, Alan, para evitar encontrarse atrapado en su habitación o en cualquier otra estancia de la vivienda, decide abrir la pequeña puerta de la izquierda, la que da a la escalera de caracol de la torre (¿campanario de iglesia, minarete de mezquita o...?). Su padre lo persigue por los resbaladizos peldaños de piedra gastada. La hoja del sable despidе chispas al golpear las paredes, mientras que él grita:

—¿Quién es el sinvergüenza que ha puesto gas hilarante en el cóctel del gobierno?

La madre, creyendo que su marido va a matar a su hijo, sale de la antecocina con una garrafa de belladona y se precipita también hacia la estrecha escalera de la torre, seguida de inmediato por Marilyn, que grita «¡Mamá!», y

por Vincent. Ernest —un poco perdido en la nube de ácido sulfúrico— pregunta:

—¿Qué pasa?

—¡Pasa que..., que...!

El señor Tuvache, sin aliento a causa de la subida, siente que se ahoga cuando el resto de su familia lo alcanza en la plataforma de la estrecha y vertiginosa torre. El recinto embaldosado es circular y está cubierto por un tejado cónico de pizarra, cuya estructura de madera queda a la vista. En las paredes, unos vanos a cielo abierto semejantes a troneras, sin duda para que se propague mejor el sonido de las campanas de antaño o la voz, el altavoz, de algún muecín desaparecido. Ahora, una corriente de aire muge continuamente. El vestido acampanado, blanco y plisado de Marilyn revolotea mientras ella extiende los brazos y las manos entre los muslos para sujetarlo. ¡Es la noche! Gigantescos anuncios chinos hechos de luces de neón rojas y verdes iluminan la torre. La señora Tuvache se acerca a los labios la garrafa de plástico blanca, llena de belladona líquida, y amenaza a su marido acercándose a Alan:

—¡Si lo matas, me mato!

—¡Yo también! —dice Marilyn, abrochándose bajo la barbilla la correa del casco con dos cartuchos de dinamita que le regaló Vincent cuando cumplió dieciocho años. Sujeta con firmeza los hilos de los detonadores. El hermano mayor ha apoyado el filo de una ancha hoja de cuchillo de cocina contra su cuello:

—Vamos, papá...

Mishima dice:

—¡No es a él a quien quiero matar! ¡Quiero matarme yo!

Lucrèce, con el cuello de la garrafa entre los labios, no se altera:

—¡Si te matas, me mato!

—Yam... ien —dice la voz sofocada de Marilyn dentro del casco con visera de metal blindado, lo que significa: «Yo también.»

—Vamos, papá —repite el otro chiflado, Vincent, comiéndose una crepe.

—Pero bueno, ¡ya está bien! —interviene el sereno Ernest, súbitamente fuera de sí—. ¡Marilyn, cariño, vas a ser madre! Y tú, suegro, si haces eso, ¿quién llevará la tienda?

—¡La Tienda de los Suicidas ya no existe! —declara Mishima.

Esa afirmación actúa como un jarro de agua fría.

—¿Cómo? —dice Lucrèce, bajando de golpe la garrafa de belladona.

—¡Van a cargarse la tienda! En el mejor de los casos, mañana por la mañana la cierran.

—Ppp... ¿... ien? (Pero ¿quién?) —pregunta Marilyn.

—Los que hemos ridiculizado esta noche...

El viento sopla a ráfagas en la cima de la torre, silba en la crestería de las paredes. Alan retrocede, mientras que su padre avanza a la vez que cuenta:

—Después de que el jefe del gobierno hubiera hecho en directo, en el telediario, su autocrítica personal, ha destapado el frasco de Vendedor de Arena que tenía delante y lo ha inhalado. Todos los ministros y los secretarios de Estado de la región han hecho lo mismo. Ninguno ha tocado el cóctel ni lo ha

ingerido (no valía la pena, nadie ha muerto). Pero todos se han puesto a reír a carcajadas y cada uno ha evocado un terror infantil tronchándose de risa. La ministra de Economía, por ejemplo, ha dicho: «Cuando iba de vacaciones a casa de mi abuela, en el campo, todas las mañanas, para despertarme, ella me metía víboras vivas en la cama. Bueno, en realidad eran culebras muertas, ¡pero qué miedo pasaba! Cuando volvía a la ciudad de las Religiones Olvidadas, tartamudeaba de terror y me hacía pipí encima. ¡Ay! Me hago otra vez...» Y efectivamente, un olor de orina ha invadido la habitación. Entonces ha intervenido el ministro de Defensa: «A mí me decían: cierra los ojos y abre la boca. Yo creía que era para darme un caramelo, pero me hacían comer cagarrutas de conejo. ¡Puaj...!» Y se ha puesto a dar volteretas en el suelo y saltos por todas partes como si fuera un conejito. Y el ministro de Medio Ambiente ha contado: «Recuerdo que a los once años me prohibían coger flores de los setos diciendo que eran flores de tormenta y que si cogía una me caería un rayo encima. ¡Era en la época en que aún había flores en los ribazos, claro! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ahora, después de mi paso por el ministerio, ya no hay peligro de que suceda eso, jo, jo, jo, jo! ¡Ya no hay flores silvestres!» Después ha empezado a arrancarse el pelo a puñados exclamando entre risas: «¡Me gusto un poco, con locura, nada en absoluto!» Yo estaba atónito, como sin duda todos los telespectadores, y he tenido que sacudirme unos mechones del ministro que me han caído sobre los brazos. Finalmente, el presidente, que lloraba de risa, ha dicho: «Una vez, un tío mío me metió dentro de un saco de patatas, lo cargó en un carro y azotó al caballo para que se pusiera al galope. A fuerza de dar tumbos, caí al suelo y me encontré al borde del camino metido en un saco de patatas. ¡Aaay...! Tendrían que haberme dejado... ¡Aaay...! No habría llevado a mi región al desastre. ¡Ja, ja, ja, ja!» Ha sido un telediario demencial, y el realizador ha tenido que interrumpirlo bruscamente porque los operadores del estudio también se desternillaban de risa. La cámara 3D-sensaciones integrales se movía en todas las direcciones. No se veía nada, era un caos. ¡Y todo porque un bribonzuelo... ha hecho aspirar gas hilarante a los miembros del gobierno!, ¿eh, Alan? — dice, mientras por sus ojos pasan anuncios chinos.

El niño de once años retrocede:

— ¡Pero, papá, yo no lo sabía! Con la máscara antigás de mamá puesta, no me di cuenta. Yo cogí de su sitio habitual la garrafa que creía que era de soplo del desierto, pero no me acordé de que habíamos cambiado de proveedor..., de que ahora quien nos sirve es Trónchate de Risa...

El padre avanza empuñando el *tanto* con la punta de la hoja apoyada sobre la cruz de seda roja de su chaqueta de quimono. En su cráneo sudado brillan colores deslizantes. Su mujer se acerca a él, dispuesta a beberse un litro y medio de belladona. Marilyn, con el gran casco negro cubriéndole la cabeza, parece una mosca de pesadilla. Luciendo un vestido ultrasexi de actriz de cine, avanza a tientas con dos detonadores entre las manos. En cuanto al artista Vincent, el otro ridículo faquir iluminado, con una horrible mueca y el eructo provocado por una crepe, se relame por adelantado del chorro de pintura roja que va a brotar del tubo de su garganta.

Alan retrocede de pánico ante la visión alucinante de toda su familia en la

tormenta que va a estallar, a cadaverizarse ante él. En un anuncio de tabletas efervescentes, las burbujas se elevan tres pisos de la torre Zeus. Alan rechaza lo inevitable, tiende una mano:

—No, no, no lo hagáis... Retrocede y se tambalea.

Su tronco se ha inclinado hacia atrás por uno de los vanos. Sus piernas se han levantado y han caído hacia abajo. Lucrèce, Mishima, Marilyn, Vincent y Ernest lo dejan todo en el suelo —garrafa de belladona, *tanto*, cuchillo— para precipitarse y asomarse por el hueco. Marilyn, enredándose en los hilos de los detonadores del casco integral, cuya visera la deslumbra, pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Su guarda de cementerio le desabrocha la correa y responde:

—Alan ha caído por la ventana.

—¡¿Qué?!

Pero todavía no se ha despachurrado sobre el bulevar Bérégovoy. Está allí, un piso más abajo, al borde de un tejadillo, agarrado con la mano derecha de un canalón de cinc cuyos remaches se desprenden y saltan uno a uno. Su hombro izquierdo ha recibido un golpe en la caída y le impide mover el brazo. El canalón se parte y se dobla, arrastrando a Alan. Va a romperse del todo. En ese momento empieza a descender hacia el chiquillo una larga cinta blanca. ¡Es Vincent quitándose el turbante! A toda velocidad e inclinado hacia el vacío, desenrolla de su cabeza la larguísima venda, que no tarda en llegar a la mano derecha de Alan. Éste se agarra a ella justo cuando el canalón se suelta y cae para acabar estrellándose, allá abajo, como al fondo de las tinieblas, contra el suelo. Los padres y la hermana, pasmados, se vuelven hacia el hermano mayor, que sigue sujetando el largo vendaje de cuyo extremo cuelga Alan.

—Deprisa, ayudadme.

Mishima, Lucrèce, Marilyn y Ernest ayudan a Vincent tirando del vendaje a un tiempo y muy despacio, para evitar que se rasgue. Y Alan sube poco a poco. A diez manos, con precaución, lo hacen volver hacia ellos. Van a conseguirlo. A medida que el ligero chiquillo sube, echan hacia abajo la venda recuperada para doblar, para triplicar su grosor y su seguridad.

—¿Qué miedo he pasado! —confiesa Lucrèce.

—Menos mal que estabas tú aquí, hijo —dice Mishima.

—¡Ya no me duele la cabeza! —exclama Vincent, asombrado.

—Nuestro hijo se llamará Alan —decide Marilyn, con lágrimas en los ojos—. Y si es una niña, Alanne.

Ernest asiente y el pequeño de los Tuvache continúa subiendo. Observa en el aire las cabezas inclinadas hacia él de su padre, su madre, su hermana, su hermano y su casi cuñado. Mishima ríe:

—¿Qué más nos da si el gobierno regional cierra por decreto la Tienda de los Suicidas! Con el dinero que hemos ganado en los últimos tiempos vendiendo artículos de broma, tenemos para hacernos cargo en el otro lado de la calle de la gerencia del François Vatel, al que le cambiaremos el nombre por el de Mejor Aquí que Enfrente. Lo convertiremos en...

—¿En una crepería? —pregunta Vincent.

—¡Vale! —dice partiéndose de risa el señor Tuvache, a quien su hijo

pequeño no había visto nunca tan contento.

El mayor también está radiante (una novedad) mientras tira de la venda:

—Dejaré de hacer cabezas de muerto..., a la larga cansa..., para hacer crepes redondas como la cara de Alan, con dos agujeros para sus ojos risueños y una abertura a modo de gran sonrisa optimista. Echando pasta con el cucharón, trazaré alrededor de la crepe unos rizos y los doraré, y espolvorearé las mejillas con un poco de chocolate en polvo para imitar sus pecas. Hasta la gente desganada querrá colgarla enmarcada encima de la cabecera de su cama para creer en algo bonito.

—¡Oh, oh, sería maravilloso...! —canturrea Lucrèce, a quien su hijo pequeño jamás había oído cantar.

Y el niño, sujeto por una mano, sube. Ya está a tan sólo tres metros de ellos. Sobre la espalda de su jersey claro y de sus pantalones se deslizan reflejos de ideogramas chinos. Alan, agarrado de la venda, sin gritos de socorro ni odio u horror por lo que han sido, los mira mientras sube a tirones. La felicidad de todos, súbita fe en el porvenir, y esas sonrisas radiantes en sus rostros son la obra de su vida. A dos metros de él, su hermana está eufórica. La señora Tuvache lo mira acercarse como si viera de pronto a su madre llegar al patio del colegio. Alan ha cumplido su misión. Abre la mano.